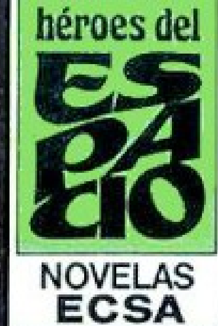


LA NAVE DEL ESPACIO

CURTIS GARLAND

SOLO PARA ADULTOS

Datos del libro

Autor: Garland, Curtis
ISBN: 9788485626564
Generado con: QualityEbook v0.60

La nave del espacio



ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

31.— El reino de los seres de hielo. — *Joseph Berna.*
32.— La última barrera. — *Clark Carrados.*
33.— ¡Destruyan la Tierra!—*Eric Sorenssen.*
34.— Prisión espacial. — *Joseph Berna.*
35.— Orbita mortal. — *Law Space.*

CURTIS GARLAND

La nave del espacio

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.º 36
Publicación semanal
EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 — BARCELONA (6)
ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 30.749 – 1980
Impreso en España — Printed in Spain
1.º edición: diciembre, 1980
© **Curtis Garland** — 1980
Texto
© **A. Bernal** 1980
cubierta
Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona — 6
Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona — 1980

En aquella nave todo era posible. Había sido creada para el amor intergaláctico. Y, sin embargo, el terror, la sangre y la muerte la alcanzaron en una oleada de enloquecedora virulencia.

Aquella nave donde todo había sido previsto y programado para el sexo, se transformó, sin que nadie supiera por qué, en La Nave del Espanto...

CAPITULO PRIMERO

EL DESPERTAR

ABRIÓ los ojos.

Alrededor suyo, una forma cilíndrica, cristalina, desfiguraba los contornos de las cosas. Tardó unos momentos en comprender que era una urna plástica la que le envolvía totalmente, en hermético alojamiento. Más allá de sus curvas paredes transparentes, una vasta amplitud circular, blanca y aséptica. Luces parpadeantes en unos largos paneles. Zumbidos distantes, que llegaban apagadamente a sus oídos, a través de unos micro— auriculares insertados en sus orejas. Se contempló a sí mismo extendido cuán largo era en aquel lecho espumoso y blando.

En su muñeca brillaba el reloj-tv-radio transmisor, sujeto a la ancha correa plástica dotada de resortes. Consultó la hora.

Las once, diez minutos y treinta y cuatro segundos del centucrono diez mil del horario espacial. Eso, reducido a palabras normales, significaban diez mil días de sueño en hibernación.

Diez mil días en el espacio. Eso significaba, exactamente, la sobrecogedora cifra de ¡*doscientos setenta años viajando*!

Hizo un rápido cálculo mental. Un centucrono correspondía a un día terrestre, viajando a cien años-luz de velocidad diaria. El cálculo correspondiente daba otra cifra aterradora.

Estaba en estos momentos, si todo funcionaba normalmente a bordo —y parecía que sí—, a un millón de años-luz.

Otros doscientos setenta años, otros diez mil centucronos, significarían llegar a Andrómeda, por ejemplo. Ahora, de todos modos, se hallaba lejos, infinitamente lejos de la galaxia de la que procedía. La Tierra, el Sol, los demás planetas del Sistema Solar, la galaxia entera de los terrestres, con sus escasos ochenta mil años-luz

de diámetro y sus insignificantes diez mil años— luz de grosor, habían quedado atrás, muy atrás en el espacio.

Cifras mareantes para cualquiera, él trató de aceptarlas con normalidad, recordando que había sido preparado y entrenado para enfrentarse a posibilidades inauditas. Pero de eso, claro está, hacía ya la friolera de dos siglos y setenta años. Se hallaba, con exactitud, en una centuria lejana. Trató de confirmarlo, marcando en su reloj la fecha exacta que, en estos momentos, correspondía al horario terrestre.

Una de las porciones de la esfera de su reloj se iluminó con digitales parpadeantes, de color azul intenso. Era el calendario terrestre dado con exactitud.

Lo leyó, con un suspiro de resignación y una cierta sensación de íntimo horror:

9. 11 10’ 59" — 2320

Todo funcionaba. Las once, diez minutos, cincuenta y nueve segundos del mes de septiembre del año 2320 de la Era Cristiana. No había error en sus cálculos anteriores.

Su sueño en suspensión animada había durado, exactamente, doscientos setenta años. A la velocidad de mil años-luz por día, daba esos resultados escalofriantes. Nadie, jamás, había llegado tan lejos de su planeta de origen.

No podía culpar a persona alguna de todo esto. El mismo había aceptado enrolarse en la tripulación del Edén. Solamente se aceptaban voluntarios para la misma. Y, aun así, tras comprobarse que no tenían familia ni obligaciones en la Tierra. Era un viaje del que, posiblemente, jamás volvería nadie. Y si volvían, sería cuando ya nadie de los seres conocidos existieran en el planeta.

El no tenía familia. Y había extendido su solicitud. Se le aceptó. Como a los demás. Por eso estaba ahora allí. Mientras en la Tierra las cosas habrían cambiado en esos casi tres siglos de historia y las gentes que él conoció, sus amigos y conocidos, sus compañeros de trabajo, todos en absoluto, habrían desaparecido mucho tiempo atrás.

Pero el Proyecto Génesis seguiría adelante, sin duda. Era ambicioso y no conocía límites del tiempo. Así se había previsto, cuando menos. Las gigantescas computadoras encargadas de ir recibiendo información del Edén en su fabuloso vuelo intergaláctico

de siglos, estarían recibiendo esos datos fría, indiferentemente, para irlos transmitiendo a nuevas generaciones de científicos, de expertos, de organismos investigadores del espacio exterior.

Trató de confirmar si eso era cierto también. Tanto le daba ya la idea de estar desconectado de la Tierra, incomunicado para siempre en la inmensidad pavorosa de los ámbitos universales. Pero era interesante saber si los terrestres habían logrado con éxito mantener el experimento cósmico a lo largo de casi tres siglos.

Pulsó otro resorte de su reloj. Por los auriculares insertados en sus oídos, captó una remota, lejanísima señal que se acabó haciendo más nítida. Una voz monocorde, remota, quizá simplemente grabada en una computadora ultramoderna para mantener el contacto sin una escucha constante, le habló en su propia lengua, como si en vez de hallarse a un millón de años-luz de distancia estuviese simplemente viajando hacia la Luna o hacia Marte:

—Aquí planeta Tierra… Aquí planeta Tierra, estación de seguimiento espacial de Houston, Texas, Estados Unidos de América… —recitó la voz monocorde—. Informe, nave Edén. Informe. Recogemos y grabamos su mensaje…

Apretó los labios. Cuando habló, le resultó difícil reconocer su propia voz tras el largo, interminable sueño de siglos. Pero logró articular palabra:

—Atención, planeta Tierra. Atención, estación de seguimiento de Houston… Aquí el teniente Marko Weld, a bordo de la nave Edén, en el centucrono diez mil de horario espacial, informando de que a bordo, de momento, todo va bien. Debo haber sido el primero en despertar del largo sueño. Todo funciona a bordo. Estamos a un millón de años-luz de la Tierra… Seguiré informando cuando obtenga más datos.

—Conforme, nave Edén —respondió la voz impersonal y fría—. Estaremos a la escucha. Corto comunicación.

Se produjo un chasquido leve. La breve conferencia había terminado. Marko Weld, teniente de astronautas, sintió cierto frío recorriendo sus arterias y venas, como si la sangre estuviese helada. No era así, él lo sabía. Era la sensación glacial de saberse lejos, demasiado lejos de todo y de todos, lanzado a una aventura cuyo desenlace era imposible prever.

Se incorporó en su lecho, con un bostezo, sintiéndose

relativamente fuerte y seguro de sí. Los sistemas de acondicionamiento de la cápsula cilíndrica habían funcionado a la perfección durante el interminable viaje, eso era obvio.

Automáticamente, con un leve zumbido, la cápsula se abrió como si fuese un aséptico y transparente ataúd, y él una extraña especie de vampiro volviendo a la vida. La idea no pudo evitarla, y le produjo cierto desagrado.

Salió de la cápsula. Sus piernas estaban ligeramente acorchadas por la larguísima inmovilidad, pero respondieron bien apenas hubo dado unos pasos silenciosos sobre el suelo bruñido de la amplia sala circular en que se hallaba. Ahora se habían desconectado automáticamente sus microauriculares, puesto que podía captar directamente el zumbido persistente de las computadoras de a bordo, ejerciendo su función compleja y minuciosa de tripular y guiar la nave hacia su incierto, remoto destino en las estrellas.

Marko Weld avanzó hacia las restantes cápsulas de material plástico. Allí reposaban sus compañeros. Y en la cámara vecina, *ellas*.

No pudo evitar una sonrisa. Recordó sus tiempos en la Tierra. Para él, era como si estuviesen cercanos, a fin de cuentas. Se había dormido al despegar el Edén. De eso hacía doscientos setenta años. Pero su mente y su cuerpo experimentaban las mismas sensaciones que si hubiese dormido una larga siesta de diez o doce horas.

Entonces, pensó, era un hombre joven y enamoradizo. Ahora se preguntaba si los casi tres siglos en suspensión animada, significaban que era terriblemente viejo o nada había pasado por su organismo.

Por ser tan enamoradizo, precisamente, había aceptado este absurdo y fantástico viaje como tripulante de la nave Edén. Le fascinó la experiencia que allí se intentaba. Y pensó que no era nada desagradable hacer un viaje espacial en compañía de hermosas damas.

Cierto que cada uno tendría la suya, pero confiaba en que le hubiesen elegido a alguna aceptable. Lo bastante para convivir con ella en el espacio durante toda una vida. Y para tener descendencia, procrear hijos del espacio, que era el meollo del Proyecto Génesis.

Ahora veía todo lo grotesco y deshumanizado de aquel programa científico-tecnológico. Era como condenar a unos seres a

vagar eternamente por el espacio, reduciéndose su mundo y su vida a tripular una nave, no por grande y confortable menos claustrofóbica, y convivir con una mujer desconocida, con quien tenía que hacer el amor lo más posible, y procurar tener todos los hijos de que fueran capaces. La nave tenía capacidad suficiente para tal descendencia, con sus gigantescas dimensiones, pero llegaría un día en que tendría que descender la familia cósmica en algún mundo habitable, para establecer allí su Colonia e iniciar una nueva existencia en un suelo extraño y distante, donde s la Tierra y sus recuerdos serían simple leyenda. Pero no podía culpar a nadie de nada. El, sus compañeros e incluso *ellas*, eran todos voluntarios, gente que se ofreció a hacer este viaje, con todas sus consecuencias. Lo que ahora sucediese, el futuro que les esperase, era asunto suyo, que ellos habían aceptado tácitamente.

Contempló las otras tres urnas brillantes, relucientes bajo la luminosidad de los blancos paneles de la sala, de Hombres de la nave. Al fondo, una puerta oval, herméticamente cerrada, conducía a la cámara de Mujeres, donde ellas dormían también su sueño de siglos.

Se preguntaba por qué sus compañeras de viaje no habían despertado aún automáticamente, como le sucediera a él. Estaban allí esperando el despertar el propio comandante de a bordo, capitán Grazz, el oficial Dalef, y el piloto Skon. Pero, de momento, ninguna parecía haber llegado a su momento de volver a la vida. Aproximóse, tras comprobar, por la lectura de los ordenadores, que todo funcionaba correctamente a bordo, que la velocidad seguía siendo de un centucrono, es decir, de diez mil años-luz diarios, que la atmósfera, presión y gravedad a bordo eran las correctas, y la temperatura la ideal: sesenta y ocho grados Fahrenheit, veinte grados centígrados, doscientos noventa y tres grados de la escala termométrica de Kelvin, la menos conocida y utilizada habitualmente. Pero a bordo de la nave, todas las referencias térmicas y de cualquier género estaban minuciosamente registradas en las computadoras.

El teniente Weld se inclinó sobre las urnas de hibernación de sus compañeros de viaje.

Se quedó rígido, sobrecogido. Una sensación de supremo, infinito horror agitó su ser.

—¡Oh, no! —aulló—. ¡NO!

Retrocedió, como si le hubieran dado un mazazo. Peor, mucho peor que eso, era la impresión que había recibido ahora. Repentinamente, se sentía solo y desvalido, roto y desmoralizado, al enfrentarse a la más espantosa circunstancia imaginable.

Dentro de aquellas tres urnas cristalinas... ¡no había otra cosa que *tres cadáveres* momificados, desfigurados, horribles, con larguísimos cabellos y uñas, rostro descarnado y ropas putrefactas!

Todos, absolutamente todos sus compañeros varones en aquel viaje, habían muerto.

Ellos nunca despertarían ya de su largo sueño.

* * *

Trémulo, convulso, sintiendo una dolorosa contracción en su estómago y un zumbido persistente y enloquecedor en sus sienes, el teniente Weld se desplomó en un asiento, junto a las computadoras. El parpadeo constante de éstas, en su funcionamiento invariable, iluminaba ahora con una sensación escalofriante la terrorífica sala de la muerte. Su claridad lívida producía a veces extrañas sombras en las facciones cadavéricas, estiradas y repulsivas, de sus infortunados compañeros de viaje.

—Muertos... —sollozó, sintiendo su cuerpo agitado por temblores convulsivos—. Muertos todos ellos... Dios mío, no. Es demasiado terrible. No puedo haberme quedado solo a bordo...

Solo.

La palabra, espantosa, estremecedora, le sacudió como un espasmo angustioso. Se incorporó violentamente, con ojos desorbitados, las manos crispadas sobre el borde del tablero de mandos de la computadora gigante.

—¡Oh, no, cielos! ¡Eso, *no*! —jadeó, clavando su alucinada mirada en la puerta oval, preguntándose qué nuevo horror le esperaba allí, tras aquella entrada, en la cámara de las Mujeres.

Ellas cuatro, las hembras viajeras... ¿estarían *también* como los otros?

La posibilidad era demasiado horrenda para imaginarla. Saberse realmente *solo* a bordo de una nave repleta de cadáveres, entregado a su infortunio y soledad, sin compañía posible durante toda su vida, rodeado de restos humanos y de silencio, roto solamente por los sonidos mecánicos de las máquinas electrónicas, era una

posibilidad realmente delirante. Si ello era así, sabía que iba a enloquecer, que su destino futuro sería mil veces peor que la misma muerte.

—Ayúdame, Señor —jadeó, dejándose caer de rodillas y persignándose, como si de repente nada de todo aquel prodigio tecnológico que le rodeaba tuviera la menor importancia, como si el hombre, al considerar su insignificante pequeñez en el universo, recurriese a quien siempre había sido su última y suprema esperanza: Dios—. No sé si ahora, en estos confines del espació, estaré más cerca o más lejos de Ti. Pero te ruego, j te suplico encarecidamente que impidas que semejante horror se haya producido a bordo. Si estoy realmente solo, si no queda nadie más con vida en esta enorme nave, ¿qué va a ser de mí, hasta que la demencia y la desesperación terminen con mi vida, Señor?

Sentía ganas de llorar. Y lloró. No se avergonzaba de ello. Lloró por sus compañeros muertos, reposando allí en sus cápsulas de hibernación, sin esperanza ya de revivir, de despertar tras el largo sueño que, para ellos, fue definitivo. Tal vez un simple error, una avería en los conductos de sus cápsulas, habían provocado el fin del sueño en suspensión animada y, con ello, la muerte física de los tres. Pero si ése era el caso, pensó Weld, ¿por qué él, precisamente, había tenido que sobrevivir? ¿Qué extraña fatalidad, qué jugarreta del destino le había privado a él de seguir su misma infortunada suerte?

Se rehízo, pensando que con llantos solamente no arreglaba nada. Se irguió. Clavó la mirada en la puerta oval, hermética.

Comenzó a avanzar hacia ella. Decidido, resuelto. Sus pisadas sonaban huecamente en la cámara convertida tan trágicamente en panteón espacial. Llegó ante la puerta que ocultaba la respuesta. La temida respuesta que podía ser la diferencia entre una esperanza y la locura definitiva.

Alargó un brazo. Apoyó los dedos sobre la superficie metálica, blanca y brillante.

Todo funcionaba a bordo mediante sistemas automáticos de alta sensibilidad. Apenas hubo apoyado las yemas de los dedos sobre el metal, éste comenzó a deslizarse suave, apagadamente, en el blanco panel luminoso.

La entrada estaba franca. Ya podía penetrar en la cámara de las

Mujeres. Allí tenía la respuesta.

Sintió miedo. Un miedo atroz, irrefrenable. A punto estuvo de retroceder, de huir de la realidad, fuese cual fuese. Pero comprendió que eso no tenía sentido. Valía más encararse cuanto antes con la realidad, buena o mala:

Avanzó. Pisó la cámara vecina, gemela exacta de la suya. Cuatro urnas cristalinas brillaban allá al fondo, reflejando en sus bruñidas superficies convexas la luz de los paneles parpadeantes de las computadoras o el destello blanquecino de los muros y techos luminosos.

Decidido, avanzó, puesto que esos reflejos le impedían ver lo que había realmente dentro de cada urna. Llegó cerca de las cuatro cápsulas de hibernación.

Miró hacia ellas.

De repente, un grito ronco de sobresalto escapó de sus labios.

Capítulo II

HEMBRAS

UNA de las cápsulas de hibernación se había abierto

Un ser humano se incorporaba en su lecho de siglos. Unos ojos le miraron, con una mezcla de perplejidad y aturdimiento.

—¿Qué sucede? —preguntó lentamente una voz débil, torpe. Pero indiscutiblemente femenina, eso sí—. ¿Todo ha ido bien?

—No, no todo —dijo Marko Weld roncamente—. Pero hablaremos de eso después. ¿Quién eres tú?

—Iris —dijo ella—. ¿Y tú?

—Teniente Weld, de la tripulación masculina del Edén. ¿Ha ido bien ese sueño tuyo, Iris?

Ella afirmó. Era pelirroja, de rizados cabellos, cobrizos, ojos azules y rostro redondo, de naricilla respingona y boca gordezuela. Tenía algunas pecas salpicando su rostro. Era una belleza picara y graciosa. Al ponerse totalmente en pie y salir de la cabina del sueño, reveló una figura no muy alta, pero sí esbelta, de suaves formas y curvas atractivas.

—Es como si hubiera dormido una pocas horas —suspiró ella, desperezándose con languidez—, ¿Cuánto tiempo ha sido en realidad, teniente?

—Te sorprenderás cuando lo sepas —suspiró Weld, sacudiendo la cabeza—. Doscientos setenta años.

—¿Qué? —le miró con una mezcla de asombro y de horror—. No es posible…

—Lo es, Iris. Llevamos recorrido un millón de años— luz.

—Cielos… —se apoyó en el muro, deslumbrada—. ¿Es posible, teniente?

—Sí. Lo he comprobado en la computadora. Todo es exacto —

dirigió una mirada de preocupación a las demás urnas—. ¿Y tus compañeras? ¿Están... están bien?

—No sé —Iris se inclinó también—. Parece que duermen profundamente...

Weld asintió, aliviado. En cada una de las tres cámaras, permanecía una mujer en reposo, en su sueño artificial de siglos. Comprobó, sorprendido, que correspondían a diversos tipos y razas. Estaba la pelirroja iris, una rabia esplendorosa, de elevada estatura y formas agresivas, una morena de pelo negro liso, piel aceitunada y facciones orientales y, finalmente, una bellísima negra de tez oscura, labios carnosos y cabello rizoso, estilo afro. Todas ellas con figura llena de seducción y atractivo.

—Gracias a Dios... —susurró Weld—. Todas viven. Todo fue bien aquí.

—Por supuesto —Iris le miró, sorprendida—. ¿Por qué había de fallar nada? Ya voy recordando detalles del pasado, antes de caer en ese sopor interminable... Se dijo que nada fallaría, que todo estaba previsto, hasta en los más mínimos detalles.

—Eso se dijo, es cierto. Pero alguien se equivocó. Nunca se puede prever todo.

—¿Qué... qué significa eso? —le miró, aprensiva—. ¿Ocurre algo anormal?

—Sí, ocurre —suspiró el teniente Weld—. Algo espantoso.

—Me asustas...

—Tienes motivos para ello. Yo estoy aterrado, Iris.

—Pero ¿qué es lo que sucedió?

Weld la contempló, pensativo. Tras una corta pausa, trató de indagar algo:

—¿Te asustas fácilmente? ¿Te impresionan las cosas desagradables?

—En cierto modo. Depende de qué cosas sean. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque tienes que ver algo. Es inevitable. Lamentaré que te afecte demasiado.

—Si es necesario que pase por ese trance... adelante —le sonrió casi animosa—. Cuando hemos elegido formar parte de este pasaje, supongo que fue para aceptarlo todo, bueno o malo.

—Es evidente. Pero nunca creí que fuese tan malo, Iris. Ven

conmigo.

La tomó de una mano. Pasaron a la cámara de los Hombres. La hizo mirar a las cabinas de plástico con los cadáveres en su interior.

Iris gritó, impresionada. Cerró los ojos. Weld la rodeó los hombros con su brazo, y notó que temblaba.

—Oh, Dios mío... —sollozó la joven pelirroja—, Es espantoso... Están muertos... los tres.

—Sí. Muertos. Algo falló en el mantenimiento de las cámaras de hibernación. Eso causó su muerte. Pudo ocurrir hace un año o hace cien. Nunca lo sabremos. El clima artificial interior evita su descomposición total, aunque no ese horrible aspecto que ofrecen ahora nuestros pobres amigos. Ahora ya lo sabes, Iris. Estamos solos en la nave. Solos tú, yo... y las otras chicas.

Ella asintió. Regresaron lentamente a la cámara de las Mujeres. Se podía esperar a que despertaran. Pero eso, por sí mismo, podía demorarse años o décadas. Decidió volverlas a la vida consciente. Se aproximó a la computadora. Pulsó una serie de teclas y conectó el circuito de las cabinas de hibernado, pulsando finalmente la tecla iluminada de rojo donde se leía la mágica palabra: «DESPERTAR.»

Luego, mientras el zumbido de la computadora señalaba el funcionamiento del sistema de despertar de las tres mujeres aún hibernadas, Weld se apoyó en el borde del tablero de mandos y miró a Iris, que aún se mostraba impresionada terriblemente por el macabro espectáculo presenciado en la sala vecina.

—Hubiera preferido que no lo vieras —dijo el joven oficial astronauta con tono grave—. Pero creo que no vale de nada cerrar los ojos a la realidad. Los cuerpos están ahí. Tendremos que deshacernos de ellos. Ahora estamos solos los cinco. De modo que hemos de mentalizarnos para colaborar en todo.

—Estoy de acuerdo, teniente Weld. Hay que aceptar la realidad tal como es, sin pretender engañarnos. Ha sido una experiencia atroz. Pero necesaria No te lamentes por haber tenido que ser algo duro conmigo. Para lo que venga, estamos juntos en esto. Todas nosotras... y tú.

De pronto, pareció quedarse en suspenso. Miraba con fijeza a Weld. Este observó que una mancha carmín se extendía con rapidez bajo las pecas de ella, dando vivo color a sus mejillas. Era un rubor inexplicable.

—¿Te ocurre algo? —quiso saber Weld.

Ella negó. Luego, de súbito, se echó a reír. Era la suya una risa histérica, nerviosa. Aun así, sorprendió a Weld, tras la difícil y amarga experiencia vivida por la bella pelirroja.

—¿De qué te ríes? —insistió él.

—Estaba pensando justamente en lo que dije —rió todavía ella —. Nosotras… y tú. ¿Es que no lo entiendes? ¿Acaso has olvidado ya el Proyecto Génesis?

Marko Weld vaciló. Se quedó mirando, asombrado, a su compañera de viaje cósmico. Luego, dirigió una mirada dubitativa a las urnas que empezaban a abrirse, prueba indudable de que las otras tres mujeres volvían normalmente a la vida.

—El Proyecto Génesis… —repitió lentamente—. La droga Erovit I… E1 plan sexual en el espacio… Cielos, ahora entiendo lo que quieres decir…

Ella asintió, todavía riendo nerviosamente. Weld tuvo un estremecimiento cuando las figuras de tres hembras recién vueltas a la vida, emergieron de sus respectivos lugares de largo reposo. Tras casi tres siglos de sueño mágico, producto de la tecnología del hombre y no de medievales magias de cuento de hadas, ellas despertaban sin el clásico y romántico beso del príncipe encantador. Sin hadas ni brujas, tres hermosísimas y seductoras durmientes, habían despertado de su sueño casi infinito.

Eran cuatro mujeres, tratadas especialmente antes de dormir en aquel vuelo sideral, para amar, desear ser amadas, procrear gozosas… Cada una con su respectiva pareja del sexo opuesto, para iniciar una nueva especie humana lejos de la Tierra, en viaje hacia las estrellas, buscando ser los avanzados que colonizasen otros mundos remotos.

Pero las parejas de tres de ellas, ya no existían. Y ellas, en cambio, estaban despertando llenas de vida, de energía, de vitalidad física y sexual, estimulada por las drogas de la serie Erovit para fortalecimiento de los impulsos sexuales.

Ahora, con una eternidad ante nosotros, en un lugar remoto del universo, a miles y miles de años-luz de todo lugar habitable, Marko Weld comprendía la tremenda realidad, el problema que se le presentaba a bordo del Edén, la supernave creada para generar una nueva especie humana.

Ese problema consistía en tener que ser, simultáneamente, durante toda su vida, la única pareja masculina de cuatro espléndidas y ardorosas mujeres...

—¡Oh, no! —jadeó Weld, desolado, viéndolas moverse, salir de sus urnas cilíndricas—. No es posible... No podré... No podré...

La pelirroja Iris puso una mano en su hombro, y le musitó dulce, amorosamente, con cierta malicia en su susurrante voz:

—Me temo que sí, querido teniente Weld. Me temo que *tendrá* que poder...

* * *

Ahora ya conocía sus nombres. Iris, la pelirroja. Lotta, la rubia de grandes senos, muslos espléndidos y figura de atleta nórdica. Morga, la muchachita de exótica belleza oriental. Zilda, la negra sensual, de labios carnosos, formas agresivas y cuerpo vibrante y encendido.

Cuatro bellezas distintas y prodigiosas. Un póquer fantástico de hembras para un hombre solo: ¡él!

Las cuatro mujeres habían presenciado ya, con admirable serenidad, el espectáculo dantesco de la cámara vecina. Se había dispuesto por unanimidad que a las veinticuatro horas de aquella noche —supuesta y teórica noche en la noche eterna y negra del espacio repleto de estrellas—, se enviaría a ése eterno vacío a los cuerpos de los tres infortunados astronautas en sus indumentarias espaciales, como en un funeral marino. Sólo que los nautas del cielo tendrían negro vacío como tumba, y no la profundidad de las aguas marítimas.

Mientras tanto, con total calma y sangre fría, cada una había ocupado el puesto asignado previamente en el programa, aceptando lo inevitable con la conformidad y el sosiego de quien sabe que nada puede hacer contra la fatalidad y el destino.

También sabían cuál era la futura situación a bordo. Estimuladas por la droga de excitación sexual Erovit I, aplicada a cada una de ellas antes de iniciarse el largo sueño, necesitarían pronto satisfacción sexual adecuada. Sólo que no disponían más que de una pareja: el teniente Weld. El tendría que repartirse con todas ellas.

—Un harén —había comentado Weld irónicamente—. Un extraño harén flotante en el universo, amigas mías. Eso es lo que la fatalidad ha hecho ahora de la nave Edén y del Proyecto Génesis.

—Es cierto —había admitido Lotta, la rubia de figura vigorosa y exuberante, con una triste sonrisa—, Todas lamentamos que tengas que pasar por ese trance, teniente Weld. Pero no existe otra solución. En la Tierra fue previsto que alguna de nosotras pudiera perder su apetito sexual más elemental en pleno espacio, y se aplicó entonces a nuestro organismo la dosis adecuada de la droga Erovit I. Sé que no podremos resistir muchas horas ninguna de nosotras sin satisfacer nuestros crecientes estímulos de sexo.

—De sobra lo sé —suspiró Marko Weld con aire resignado—. Cualquier hombre se sentiría feliz de disponer de un ramillete de bellezas tan deseables como vosotras. Pero temo que nadie soportaría durante años enteros esta prueba.

—Procuraremos dosificar tus actividades amorosas —terció en ese punto Morga, la muchacha de rasgos orientales, que parecía ser la más apacible, al menos de momento—. Pero no siempre seremos dueñas de nuestros impulsos. Estará la droga y sus efectos, Weld...

—Ya lo he pensado —afirmó Marko—. He empezado a administrarme dosis de Erovit II, que es la variante de la droga que afecta al organismo del hombre, pudiendo darle mayor resistencia biológica y física. Pero de todos modos, tiene sus limitaciones, muchachas...

La negra se había echado a reír, rozando descaradamente el rostro de Weld, sentado ante los controles manuales de la supernave Edén con las puntas erectas y duras de sus pezones.

—Aun limitado, preferimos no estar solas las cuatro a bordo de esta nave —comentó con humor—. Hubiera sido espantoso que los cuatro tripulantes varones hubieseis temido la misma suerte fatal.

—Sí, eso resulta obvio —aceptó Marko, pensativo—. A veces me pregunto por qué precisamente yo... y no el comandante Grazz o el oficial Dalef, o bien el piloto Skon fueron quienes salvaron su vida. Por qué tengo que sobrevivir yo y no ninguno de ellos.

—Esas preguntas, teniente Weld, nunca tienen respuesta —dijo con lentitud Iris, mientras contemplaba en las pantallas la ruta, velocidad y ámbito en que se —movía la nave a tan ingentes distancias de nuestro Sistema Solar—. Es como preguntarse para qué nace uno... y por qué hay que morir al fin del camino. Lo cierto es que tú eres quien ha sobrevivido. Y tú, por tanto, quien debe llevar esta misión a feliz término.

—¿Convertido en una especie de sultán del espacio? —gruñó Weld, sombrío, sacudiendo la cabeza.

—Eso es algo que el destino te ha fijado —asintió Morga con un destello irónico en sus almendrados ojos exóticos—. No puedes hacer otra cosa que aceptar la vida que te han regalado en esta ocasión. Y aceptar, del mismo modo, tus obligaciones y responsabilidades a bordo de esta nave o dondequiera que nos lleve nuestro fantástico viaje.

—Morga tiene razón —corroboró la rubia Lotta, cimbreando su soberbia figura de mítica valkiria por la sala, al acercarse lentamente a él—. Tienes una grave responsabilidad ante el mundo de donde procedes y ante ti mismo. También ante nosotras. Y no me refiero exclusivamente a tus sentimientos, puesto que es imposible que te enamores de nosotras cuatro, aunque te veas obligado a cohabitar y tener hijos con todas nosotras. Sin duda llegarás a amar a una de nosotras inevitablemente. Ese sentimiento, sin embargo, sea por mí o por cualquiera de mis compañeras, no deberá ser nunca un obstáculo entre tú y tus obligaciones como único macho de la especie.

—Me doy cuenta de todo eso, Lotta —asintió Weld, ceñudo—. Y espero poder ser digno de las circunstancias que me exigen tanto. Pero sexo aparte, tenemos ante nosotros el mayor y más importante de los problemas.

—¿Cuál, teniente? —preguntó Zilda, la hembra de color, siempre muy cerca de él y mirándole con indudable intensidad.

—Llevar a buen puerto nuestro destino común. Conducir esta nave correctamente, evitarnos dificultades y obstáculos, y llegar alguna vez a un sitio habitable, donde poder instalarnos para una existencia, muy lejos de nuestro propio mundo al que, inexorablemente,'jamás volveremos. De eso, todos somos conscientes, queridas amigas.

—Sí —asintió Iris pensativa, con su azul mirada perdida en el vacío—. Jamás volveremos. Siempre lo supe.

—Además, nuestro regreso sería absurdo —señaló Morga—. ¿Qué clase de mundo, de civilización, de época encontraríamos? ¿Una separada de la nuestra por mil o dos mil años? ¿Qué mentalidad, qué espíritu, qué cambios incluso biológicos y psíquicos hallaríamos en nuestros hermanos de raza? Sería un *shock*

demasiado grande. Para ellos y para nosotros. Creo que es mejor pensar que ya no vamos a regresar nunca, y que nuestro futuro está allá lejos, en alguna remota estrella de la que nunca oímos hablar y a la que, posiblemente, nunca llegará otro ser inteligente que nosotros.

Siguió un profundo silencio. Todos parecieron asimilar con dificultad esa visión futurista que rompía los últimos eslabones que podían unirles en el recuerdo y en el espíritu a su vieja y querida Tierra.

—Bien —rompió Weld bruscamente el silencio poniéndose en pie—. Ahora, vamos a la tarea. Asignaré a cada una de vosotras una misión a bordo. Deberéis cubrir la labor que tenían encomendada nuestros infortunados amigos. Y seré muy exigente con todas vosotras, como si fueseis hombres y no hermosas muchachas, ¿está eso claro?

—Somos astronautas perfectamente preparadas para cualquier tarea a bordo, teniente —dijo con energía la rubia Lotta—. No tendrás que reprocharnos nada, estoy segura. Intentaremos cubrir con el mayor entusiasmo la ausencia de nuestros camaradas.

—Durante la tarea cotidiana, el trato será respetuoso y disciplinado con nuestro actual jefe a bordo, teniente Weld —corroboró Zilda—. Después, cuando llegue el momento de las expansiones amorosas... será otra cosa. Pero sólo entonces. Sé que nos mantendremos firmes en ese sentido.

—Yo también —dijo Morga.

—Y yo —confirmó Iris.

—Buenas chicas —sonrió Marko con alivio—. Sabía que podía esperar lo mejor de todas vosotras $un en tan graves y difíciles circunstancias. Ahora, atended. Vais a conocer la relación de vuestra cotidiana labor a bordo, con sus horarios de trabajo, sus turnos de descanso, las horas de comidas y de reposo, y todo lo demás.

—No olvide la hora sexual, teniente —rió de buena gana Zilda, guiñándole un ojo. Luego, más seria, saludó militarmente y añadió —: Naturalmente, era sólo una broma, señor. Astronauta Zilda, a sus órdenes.

—Astronauta Lotta, a sus órdenes —repitió la rubia.

—Astronauta Iris, a sus órdenes —confirmó la pelirroja.

—Astronauta Morga, a sus órdenes —concluyó la oriental, mientras las cuatro se mantenían firmes, saludando seriamente a su superior.

—Perfecto —Weld les devolvió el saludo, muy serio—. Descansen, por favor. Y escuchen atentamente…

Comenzó a hablar. De pronto, se interrumpió. Su rostro sufrió una alteración. Todas ellas se volvieron con sobresalto hacia una de las puertas de la sala de controles.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Lotta, en tensión.

—Un sonido en alguna parte de la nave —dijo Weld, sereno.

—Imposible —rechazó Iris—. Estamos solos a bordo.

El sonido se repitió, sibilante. Luego, toda la nave se conmocionó, con una brutal sacudida. Un zumbido brotó de la computadora.

Y empezó a parpadear una luz roja intermitente en los paneles.

—¡Alarma roja! —gritó roncamente Morga.

Weld asintió, llevando la mano a uno de los fusiles de cargas eléctricas que aparecían alineados en un armario cristalino.

—Algo ocurre a bordo —dijo—. Y es algo malo…

Capítulo III

ACCIDENTE

WELD impartió rápidas órdenes.

Lotta, armada de rifle también, se quedaría en la sala de controles, en compañía de la morenita Zilda. Iris y Morga, igualmente armadas, le acompañarían en un recorrido de inspección por la nave.

Salieron de la sala de controles. La alarma roja sonaba en toda la nave, repetida en cada interminable corredor y cada nivel de la misma. Era como empezar a recorrer un enorme rascacielos apaisado, o como explorar una pequeña ciudad desierta y silenciosa, a excepción del zumbido persistente de los sistemas de alarma.

—Id cada una por un lado —señaló a izquierda y derecha—. Yo tomaré el corredor central hacia el núcleo del centro de la nave y la planta-jardín. Mantened encendidas las micropantallas de vuestros visores portátiles, en contacto con mi frecuencia de videoimagen. En cuanto veáis algo anormal o insólito, avisad en el acto. Y no vaciléis en disparar a la menor señal inquietante que se os presente, sea ello lo que sea.

—¿Puede haber algún enemigo a bordo? —dudó Morga.

—Eso nunca se sabe. Sólo estamos seguros de que vivimos aquí nosotros cinco y nos acompañan tres cadáveres. Pero ignoramos si en esos años de reposo ha ocurrido algo a bordo que haya permitido la entrada de un cuerpo extraño, o cosa parecida. En marcha. Y tomad toda clase de precauciones. Lamento que seáis vosotras, mujeres, las que tengáis que correr riesgos a bordo. Pero no hay nadie más.

—Olvida eso, teniente —sonrió Iris con decisión—. Somos tan

capaces como cualquier hombre de mantener la normalidad a bordo, si está en nuestras manos.

Weld asintió gravemente, mientras se separaban.

—Lo sé —dijo—. Suerte, muchachas.

Se separaron, tomando por diferentes corredores. Antes de hacerlo, conectaron a una determinada frecuencia los pequeños videos que llevaban sujetos a la ancha correa de sus complejos relojes espaciales. Una diminuta pantalla se iluminó con una nítida imagen. Cada una de ellas, llevaba en su pantallita la imagen de Weld, fuese éste adonde fuese, bajo los objetivos de TV de a bordo. Y Weld, indistintamente, podía conectar con cualquiera de ellas con un simple giro de botón. Ahora era la pelirroja Iris quien ocupaba esa imagen microscópica. Pero a medida que se movía por un largo corredor luminoso, iba cambiando de una a otra.

De momento, todo funcionaba con normalidad, pese a la insistencia de la alerta roja en su funcionamiento. La naturaleza del peligro le era totalmente desconocida, pero los sensibles detectores de a bordo podían funcionar a la más leve señal de riesgo para sus habitantes.

Weld se sentía profundamente solo, perdido en aquel i laberinto de corredores, naves y plataformas, ascensores y escaleras mecánicas o cintas de desplazamiento automático. Era como un único superviviente en una urbe muerta. Una profunda sensación de abandono, soledad y claustrofobia empezaba a dominarle cuando llegó al Nivel Tres, donde se encontraba la planta-jardín y las" piletas de algas y de plancton comestible.

Era la última reserva alimenticia a bordo de la nave. Y también la postrera reserva de oxígeno en el Edén. Su apariencia era majestuosa, casi paradisíaca.

Gigantescos paneles solares de luz concentrada, que recibían de cualquier sol, estrella o nebulosa incandescente, para almacenarla y proyectarla después sobre el gran vergel de plantas y sobre las piletas de agua salada, formaban una bóveda fantástica sobre aquel paraíso artificial montado a bordo de la supemave. Flores, plantas y arbustos variados, constituían un oasis de vegetación en la nave, con sus sistemas de riego y la proximidad de los invernaderos destinados a plantas de especímenes seleccionados.

Aquel vergel a bordo podía ser su futura reserva de

supervivencia, o el inicio de las semillas para un nuevo Edén en alguna parte del universo. Al menos, con tal objeto se había montado en la nave aquella maravilla arbórea y aquellas lagunas artificiales de agua de mar, repletas de algas y plancton.

Weld miró en torno, extrañado. Al fondo, la luz roja de la alarma parpadeaba con verdadera furia y celeridad, como si allí precisamente, estuviera la causa de haberse disparado los sistemas de emergencia de a bordo.

Con su fusil eléctrico en ristre, escudriñó el paraje arbóreo, la espesura frondosa y aromática, donde cualquier clase de peligro desconocido podía alojarse. Sin embargo, era sorprendente que, viajando por el espacio, en pleno vacío estelar, alguna clase de forma viva pudiera haberse alojado allí.

De súbito, algo atrajo su atención en uno de los grandes paneles solares que constituían la cúpula o bóveda del vasto vergel cósmico.

Aquel panel *se movía*. Uno solo de ellos. Estaba ocurriendo algo en él, que no era normal. Algo que no tenía explicación, a juicio de Marko Weld.

La superficie luminosa del panel, lentamente, se agitaba en un punto, como ondulante, ablandada por alguna razón hasta parecer una sustancia gomosa, goteante.

—Atención. —avisó por el comunicador de su videófono—. Atención, Iris y Morga. Acudan inmediatamente a la planta-jardín, donde me encuentro ahora. He localizado algo irregular que podría ser la causa del disparo de la alarma.

—Voy en seguida —informó Iris.

—Recibida la orden. Acudo —corroboró Morga Weld seguía contemplando el panel solar. Perplejo, observó cómo una especie de autoregeneración iba cubriendo paulatinamente una especie de desgarro o grieta producida en el panel luminoso que resplandecía de luz obtenida de astros y soles.

—Ahora creo entenderlo… —masculló

Y confirmando sus suposiciones, apenas quedó cubierta la grieta, se produjo un repentino silencio en torno suyo. La alarma cesó de funcionar. La luz roja se apagó.

Weld frunció el ceño. Ignoraba que los paneles solares podían autoregenerarse si sufrían cualquier avería grave. Pero aquellos paneles, lógicamente, asomaban al exterior, formando tras ellos una

especie de recámara otro gigantesco panel cóncavo de materia vidriosa plastificada, por donde podía penetrar libremente la energía solar o astral que necesitaba el jardín para alimentarse.

Pero si había habido una grieta en él, es porque algo, procedente del exterior, había llegado a perforar la bóveda externa de la nave y llegado hasta el fondo, a través de este otro panel agrietado.

Dirigió el haz sensor de un detector de radiaciones hacia las plantas. Como se temía, el contador comenzó a oscilar. Marcaba una cierta intensidad radiactiva en la zona. Pero sin duda no era peligrosa, cuando los sistemas de alarma se habían silenciado.

Se adentró entre la vegetación, utilizando para ello los senderos de materia plástica que se habían tendido entre la espesura, como medio de moverse en ésta sin dañar planta alguna. De todos modos, algunas ramas y raíces iban extendiendo ya su longitud hasta cruzar los senderos plastificados, y unirse a otras ramas y tallos del lado opuesto. Realmente, era un auténtico vergel en el espacio, algo vivificador para quien pronto habría olvidado cómo era realmente el planeta Tierra y cómo eran su flora y su fauna.

Apuntando hacia el suelo con el detector radiactivo, localizó finalmente el punto exacto de donde procedía la radiación. Asestó sobre él la delgada e intensa línea de luz de su lámpara portátil. Un ruido a sus espaldas le hizo volverse.

Iris y Morga acababan de aparecer junto al jardín, con sus armas en ristre, precavidas. Weld les hizo un gesto.

—Venid. La alarma cesó. Había una grieta en un panel solar, producida por no sé qué causa. Pero esos paneles se regeneran solos. Una sustancia de su estructura tiene la facultad de hacerse amorfa y blanda, procediendo a soldar el daño producido. Por ese lado no hay nada que temer. El escape de aire respirable al vacío era la causa de que sonara la alarma roja. Eso se ha subsanado.

—Entonces, ¿qué busca, señor? —preguntó Morga muy seria, cumpliendo la general promesa de tratarle de un modo durante el servicio y de otro distinto en privado.

—El motivo de esa fuga de aire respirable y de la fractura del panel —suspiró el joven oficial—. Creo que lo he encontrado. Mirad.

Señaló con su línea luminosa hacia el suelo, entre la espesura verde y exuberante del oasis espacial. Ellas se inclinaron,

contemplando el objeto que la luz revelaba, inofensivo, junto a una de las plantas.

Era una simple piedra negra.

Oval, irregular, de facetas abruptas y granuladas, parecía un trozo de carbón mineral o de basalto mal cortado. Al herirlo la luz, su superficie, sin embargo, emitía una serie de ondulaciones tornasoladas que le daban una rara belleza externa.

No sería mayor que un huevo de paloma, y era evidente que procedía del exterior.

—Debe ser un meteorito. O el fragmento de uno de mayor tamaño —comentó Morga, inclinándose para tomarlo con su mano.

—¡No, astronauta Morga! —gritó abruptamente Weld, sobresaltándola—. ¡No lo toque!

Ella retiró la mano, como si la piedra, por un mágico influjo, se hubiese convertido en un mortífero áspid. Sin embargo, seguía dando toda la impresión de ser un simple meteorito que al golpear la nave logró atravesar la bóveda cristalina y un panel solar. Simple — mente eso.

—¿Ocurre algo, señor? —preguntó, alarmada—, ¿Algún peligro en tocarlo?

—No podemos saberlo —silabeó Marko, la mirada fija en el objeto espacial—. Puede ser inofensivo por completo, o llevar consigo gérmenes desconocidos, algún virus espacial que pudiera ser mortal para nosotros, los humanos. Es preferible adoptar precauciones con todo lo que viene del exterior, de lo desconocido.

—Sí, señor —dijo tímidamente Morga, inclinando la cabeza—. Lo siento. No volverá a ocurrir.

—Sólo se lo dije por su propia seguridad, astronauta Morga — sonrió Weld—. Espero que nunca cometa una imprudencia que pueda poner en peligro su vida, Creo que iremos a por unas pinzas especiales de material atómico, para recoger ese objeto. Emite alguna radiactividad, aunque poca y nada letal. Pero eso podría ser solamente el síntoma de algo peor y más intenso. Iris, quédese aquí de guardia. Morga y yo iremos a por las pinzas nucleares. Y recuerde: no toque nada aquí ahora, ni siquiera los tallos próximos a ese objeto.

—Descuide, señor —respondió la pelirroja—. No voy a tocar nada en absoluto.

—Bien, vamos allá. Creo que en alguna parte de esta nave hay un robot inmune a las radiaciones, que podía ser usado en casos de emergencia —comentó Weld, iniciando la retirada con la bella oriental—. Será mejor que él utilice las pinzas atómicas. Un robot no puede morir. Y nuestras vidas son demasiado preciosas para j arriesgarlas lo más mínimo.

Se encaminaron fuera de la amplia nave destinada a vegetación y agua salada con algas y plancton, bajo la cálida luz solar y astral almacenada en los gigantescos paneles.

Así fue como Marko Weld y su femenina tripulación establecieron el primer contacto con Kohl-13.

Kohl-13, naturalmente, era el robot encargado de las tareas peligrosas a bordo de la supernave Edén.

Lo que ninguno podía imaginar en esos momentos, era el papel que en un inmediato y terrorífico futuro, iba a representar el ser mecánico creado por el hombre para ayudarle en los trabajos arriesgados.

En realidad, ninguno de los cinco tripulantes humanos de la nave era capaz en esos instantes de sospechar nada del horror que se avecinaba sobre todos ellos, como una auténtica maldición cósmica sin precedentes.

* * *

Kohl-13 no era demasiado grande. En realidad, apenas si medía cuatro pies (1). Cuatro pies de metal cromado, brillante, con una serie de circuitos y de programas complejos impresos en ellos, para que en todo momento pudiera ser útil a la tripulación, desde servir como criado hasta resolver problemas matemáticos profundos.

Ahora se le requería para algo más. Su forma cilíndricaa, montada sobre extremidades articuladas y rodantes, se movió tras recibir las órdenes de Weld, saliendo del estuche donde se había hallado en reserva, inmóvil durante siglos. Sus «ojos» electrónicos, en forma de rendijas luminosas, parpadeaban en señal de entendimiento y de acción.

Avanzó por la nave, en dirección a la granja hidropónica o jardín artificial del Edén, en compañía de Weld y de Morga. Al primero le había bastado una frase, dirigida al robot apenas hubo presionado su resorte de funcionamiento:

—Tenemos que recoger una piedra espacial posiblemente

radiactiva, Kohl-13. Es preciso que utilices tú las pinzas atómicas para evitar posibles radiaciones peligrosas sobre el organismo humano. ¿Has comprendido?

Kohl-13, con disciplinado tono monocorde, de vibraciones metálicas, se había limitado a responder, mientras sus luces de «inteligencia» emitían parpadeos en sus metálicas sienes:

—Misión comprendida, señor. Kohl-13 cumplirá lo ordenado sin problemas.

Weld estudió pensativo al robot. Aparentemente, era un buen colaborador. Confiaba en que siempre lo fuese.

(1) Aproximadamente, un metro y veinte centímetros.

Iba a necesitar ayuda, aunque fuese electrónica simplemente, para llevar a buen puerto aquella enorme nave.

—Bien —dijo—. Adelante, entonces, amigo.

El cuerpo metálico demostró haber comprendido muy bien. Se dirigió sin vacilaciones al departamento de material y recogió las pinzas especiales para recogida de residuos o material radiactivo. Consistía el artilugio en una especie de coraza antirradiación, provista de un par de brazos huecos por el interior, donde se insertaban los brazos humanos o mecánicos, para manipular dos pinzas de metal situadas al extremo de ambos brazos, y revestidas con una capa especial de sustancia refractaria a las más poderosas radiaciones. Después, una caja de metal hermético, revestida interiormente de una gruesa capa de plomo, acogía el objeto u objetos peligrosos, cerrándose de forma inmediata y automática, sin posibilidad de escape radiactivo alguno.

Regresaron al vergel de los paneles solares, donde aguardaba Iris junto a la negra y misteriosa piedra llovida del cielo. El robot cumplió a la perfección su papel, recogiendo el guijarro y guardándolo en la caja hermética. Después, Weld respiró aliviado, contemplando agradecido al metálico auxiliar.

—Bravo, Kohl-13 —dijo con gratitud—. Lo has hecho muy bien, muchacho.

Cosa rara. El robot emitió parpadeos rápidos de sus luces «inteligentes» en las sienes. Era como si entendiera no sólo el significado de las palabras, tarea para las que había sido cuidadosamente programado, sino que fuese capaz de captar también las emociones humanas al pronunciarlas.

—Kohl-13 se siente satisfecho de haber cumplido las órdenes correctamente, señor —fue su metálica respuesta.

Weld le envió a los laboratorios, para que depositara allí la caja con su contenido, a la espera de un análisis más completo por medio de los sistemas electrónicos de a bordo. Cualquier objeto llegado del espacio podía ser motivo de examen minucioso, en busca de algún descubrimiento digno de tenerse en cuenta.

—Después nos ocuparemos de analizar ese objeto —dijo Weld a sus subordinadas, una vez de regreso en la cámara de mandos—. Ahora es la hora de comer algo. Después, dos de nosotros descansaremos.

—Lo cual será un buen momento para iniciar nuestro programa sexual, teniente —le recordó maliciosamente la negrita Zilda.

—Oh, es cierto —admitió Marko, pensativo. Las contempló, una a una—. Alguna vez hay que empezar, por supuesto. A fin de cuentas, para eso hemos sido enviados al espacio. Pero ¿quién será la primera?

Las cuatro dieron un paso adelante al unísono. Evidentemente, fueron las primeras sorprendidas por su espontaneidad, porque se miraron entre sí, echándose a reír.

—Es evidente, teniente Weld, que todas vamos a aceptar de muy buen grado la experiencia sexual del Proyecto Génesis —comentó irónicamente Lotta.

—Sí, eso me ha parecido —respiró hondo Weld—. ¿Queréis saber una cosa? Me siento como la primera vez que salí con una chica…, pero multiplicado por cuatro.

Hubo nuevas risas. Después, Weld se puso serio y comentó, tratando de hallar una momentánea solución justa al problema:

—Se sorteará entre vosotras cuatro el primer turno. No puedo hacer otra cosa. Me siento incapaz de empezar con cuatro experiencias sexuales casi simultáneas, la verdad.

—Es una buena decisión, teniente —asintió Iris, sonriente—. Esperamos.

Weld les dio unas cartulinas con números. Del 1 al 4, naturalmente. Luego, conectó la computadora.

—Que sea ella quien decida el sorteo —manifestó—. Ella no tiene preferencias.

—¿Y tú sí, teniente? —sonrió Morga, irónica.

—Callaos —cortó Marko, ceñudo—. No hagáis más difícil la situación.

—Para nosotras no parece nada difícil —rió alegremente Zilda.

—Pero para mí, sí —fue la seca réplica de Weld. La computadora hacía desfilar números rápidamente por su pantalla de verde luminosidad. De repente, un número saltó, a gusto de sus circuitos. Era el número 3.

—¡Mi número! —palmoteo risueñamente Morga—. Me tocó, teniente.

—Vaya —miró la belleza orienta de Morga, su estilizada figura, su piel aceitunada y la sensualidad de sus labios bien dibujados, de sus ojos almendrados y profundos, de sus breves y duros senos, de sus suaves líneas—. Fuese cual fuese el resultado de este sorteo, sólo había un posible ganador, Morga: yo.

—Vaya, ¿no es un encanto nuestro galán? —comentó Lotta, burlona—. Incluso nos piropea y todo, sabiendo que nos tiene locas por él...

—Bueno, basta de bromas —carraspeó Weld, que empezaba a saber lo que era la incomodidad de un solo hombre rodeado de hermosas mujeres—. Ahora que sabemos la elección de la máquina, tened esto bien en cuenta. Morga y yo descansaremos...

—¿Seguro que piensas descansar *conmigo*, teniente Weld? —se quejó humorísticamente la bella oriental—. No son ésas mis intenciones...

Hubo risas que Marko no quiso cortar. Era bueno que hubiera sana alegría a bordo. Sonrió, y luego completó con tono más serio:

—Mientras tanto, Lotta será la encargada de comandar la nave, como más veterana astronauta, puesto que os lleva dos años en servicio activo dentro de nuestro Cuerpo, y vosotras, Iris y Zilda, os ocuparéis, respectivamente, del mantenimiento de a bordo y de la ruta y normalidad de trayectoria de la nave.

—Entendido, señor —afirmó más seria Lotta, olvidados los rasgos de humor anteriores—. Confíe en mí.

—Confío en todas vosotras —suspiró Weld—. Aparte de que ello es obligado dadas las circunstancias... lo cierto es que tengo fe en mi tripulación. Eso es todo.

—Gracias, señor —dijo Iris—. Sus palabras elevan nuestra moral.

Morga y Weld se retiraron. Momentos después, en la cámara preparada para el teniente, puesto que él no había querido utilizar la que se dispusiera previamente para el comandante Grazz y su pareja, se iniciaba el programa estrictamente sexual que preveía el Proyecto Génesis.

Sólo que el Proyecto había sufrido una alteración que ningún experto biólogo terrestre imaginó nunca al trazarlo: un hombre sólo tenía que repartirse con cuatro hermosas criaturas dispuestas para el amor y estimuladas por drogas capaces de elevar su temperatura sexual adecuadamente.

Weld supo de lo que podía ser capaz esa droga, junto con el ardor personal de una mujer exótica y mimosa, ardorosa y complaciente, como la oriental Morga...

Mientras tanto, la supernave Edén, en manos femeninas, seguía su fantástica singladura en las estrellas, por océanos de negro vacío y cósmicas islas de luz perdidas en el infinito oleaje silencioso de la Nada.

Capítulo IV

EMPIEZA EL HORROR

—DENTRO de dos horas, el funeral —dijo el teniente Weld, tras consultar su reloj—. Quiero qué la despedida a nuestros amigos y compañeros sea lo solemne que la ocasión requiere. Ellos fueron astronautas por vocación, como puede serlo un marino cuando se embarca en su nave. Como esos marinos que mueren en alta mar y desean como tumba el fondo de las aguas, ellos sin duda hubieran deseado al morir lejos de su planeta, tener un funeral parecido, y que sus cuerpos reposaran para siempre en el abismo de vacío que fue su mar habitual tripulando naves del espacio.

—Son unas hermosas palabras, Marko —suspiró Morga, acariciando el torso desnudo de su pareja, tras haber reposado juntos en el lecho, si bien esas horas no se habían caracterizado precisamente por un «reposo» mutuo y prolongado—. A mí también me gustaría tener un final así. He nacido con el amor al espacio y a las estrellas en mis venas, querido.

—Ojalá nunca llegue ese momento, Morga. Pero te prometo que, caso de suceder, no dejaré de cumplir tus deseos, como espero que vosotras haríais conmigo, caso de ser yo quien cayera en esta singladura infinita. —Marko, no deseo oírte hablar de muerte —le abrazó, apasionada, mirándole muy de cerca a los ojos—. Nunca, Marko. A ti, no. ¿Sabes una cosa? —¿Qué?

—Lamento que sólo estés tú a bordo como varón. Es posible que, de vivir los cuatro, te hubiese tocado a ti ser mi pareja...

—Ya he sido tu pareja —sonrió Weld—, Y sabes que no será por única vez...

—Aun así, Marko. Te desearía para mí sola. Me subleva ahora la idea de compartirte con otras tres mujeres...

—Morga, aún no amo a nadie ni siento nada especial por nadie. Sabes que todo esto forma parte de un frío plan científico y nada más.

—Aun así, no quiero pensar que seas de otras mujeres. Me has gustado desde que te vi… He sido tan feliz contigo ahora…

—Yo también —suspiró Marko Weld, acariciando el rostro hermoso de la oriental—. Pero eso no debe alterar nuestro comportamiento. Todas tenéis los mismos derechos y las mismas obligaciones, recuerda. Nada de celos a bordo. Somos cobayas, ratas de laboratorio y nada más. Cumplimos un programa, un simple experimento biológico.

—¡Pero yo soy humana, Marko! —protestó ella—. Y tengo sentimientos humanos…

—Sí, yo también —murmuró Weld, pensativo—. Eso es lo que me preocupa, cariño. Que todos somos humanos, nos guste la idea o no. Ahora vamos. Hay que disponerlo todo para el funeral.

Abandonaron la cámara, reuniéndose con las demás. Hubo miradas de ironía, pero ningún comentario burlón o divertido. La expresión seria de Morga pareció contener su malicia femenina. O tal vez, en el fondo, todas ellas pensaban que habían de pasar por la misma situación, y no era cosa de tomárselo a broma.

—¿Todo correcto? —preguntó Weld.

—Todo, señor —manifestó Lotta, en su papel de segundo de a bordo, respetuoso y disciplinado.

—He tenido la idea de someter a análisis electrónico a la piedra negra del espacio, señor —terció Zilda con gravedad—. La computadora de análisis está trabajando en ello en el laboratorio.

—¿Alguna información al respecto, Zilda?

—Todavía ninguna, teniente —negó la negrita.

—Bien. ¿Rumbo, velocidad y demás datos?

Iris se los facilitó con eficiencia. La ruta era correcta y nada se había alterado a bordo. Seguían viajando a un centucrono diario. Cien años-luz por día. Se alejaban de otra galaxia, cuya mancha luminosa era visible en las pantallas visoras de la cabina de mandos, con toda nitidez.

—La ruta de la nave sigue enfilada como inicialmente lo estuviera, hacia la gran nebulosa de Andrómeda —señaló Lotta hacia las pantallas.

Weld afirmó, contemplando la enorme masa espiral que centelleaba en el espacio, con la vecindad relativa de las Nubes Magallánicas, al menos en apariencia engañosa. Lo cierto es que había millones de años-luz entre unas y otra. A ellos mismos, les faltaba otra serie de centurias para alcanzar la fantástica masa de la Nebulosa M31.

—La ruta es correcta —asintió—. El proyecto, en su origen, indica la posibilidad humana de alcanzar alguna vez Andrómeda.

—¿Después de otros tres siglos de suspensión animada? —dudó amargamente Zilda.

—Algo parecido —sonrió Weld—. Si no se prolongan aquí, en Edén, nuestras futuras generaciones a lo largo de esos tres siglos, y nuestros remotos descendientes pisan en tan lejano futuro un planeta de Andrómeda donde la vida sea posible.

De súbito, Iris lanzó un grito, señalando hacia la pantalla conectada a la computadora de laboratorios.

—¡Eh, teniente! ¡Mire eso! —gritó.

Weld se volvió hacia la pantalla visora. En ella había aparecido una serie de líneas escritas, pero no en el color verde habitual, sino en el tono rojo vivo de los informes especiales de emergencia.

—¿Qué significa eso? —masculló Marko, acercándose presuroso a la máquina.

—Algo marcha mal en el análisis, es evidente —jadeó Iris, inquieta.

Leyó Marko el informe electrónico. Sintió un leve escalofrío:

«Análisis Piedra Negra espacial:

»Informe de emergencia. Ultramicroscopio electrónico revela existencia de células vivas en la superficie de la piedra.

»Analizadas como seres unicelulares vivos; de rápida reproducción y naturaleza desconocida. Coloración oro-tornasolado. Emiten radiaciones de desconocida energía. Existe peligro de propagación rápida.

»También parece detectarse algo inquietante en esas células con vida propia que es...»

Un repentino centelleo en la pantalla, y ésta quedó a oscuras. Un zumbido continuado brotó de la computadora central. Iris miró perpleja a Weld. Este arrugó el ceño.

—Una avería... —murmuró Iris, tratando de restablecer el contacto con el laboratorio.

—Una avería muy inoportuna —silabeó Weld—. Conecta la línea de máxima emergencia para contactar con la computadora de análisis.

Iris lo intentó. En vano. El zumbido continuó. La pantalla siguió oscura. Iris desconectó un botón, y el molesto zumbido cesó.

—No se puede conectar con la computadora de análisis —dijo ella—. Nuestra terminal está aislada de ese circuito, teniente.

—Ya lo veo. Justamente cuando iba a añadir algo relativo a esas células... —Weld reflexionó con rapidez—. Será preciso ir al laboratorio y ver qué sucede.

—Tengo una idea mejor —señaló Morga—. Podría intentar la conexión desde la computadora terminal de la cámara de hibernación. Es posible que funcione. —Está bien. Ve allí, Morga —aceptó Marko—. Yo intentaré una interconexión a través de la computadora del Centro de Energía y Control de la nave.

—Podría ser peligroso, si la avería se extendiera a esa computadora de la que depende la ruta, velocidad y curso de esta nave, así como de sus reactores ultrafotónicos, teniente —le advirtió Lotta con tono grave.

—Lo sé —asintió Weld sombrío—. Pero algo ocurre en el laboratorio con esas células que se hallan en la piedra negra, y quiero saber lo que es. El riesgo será mínimo. Sólo voy a conectar uno de los ordenadores por medio del canal de máxima emergencia. Es posible que resulte. Si falla, el resto de circuitos de la computadora no tienen por qué sufrir daño alguno.

Morga se alejó, saliendo de la cabina de mandos por la puerta oval que comunicaba con la cámara de los tres astronautas difuntos. Esta se cerró tras ella. Weld concentró toda su atención en el intento de conectar la terminal con uno de los ordenadores de la computadora central de la nave, la que cuidaba del orden total a bordo, desde lo más mínimo hasta el aire y temperatura capaces de mantenerles vivos en la supernave. A través de ese canal de emergencia, era técnicamente posible conectar con la computadora de análisis, si todo iba bien.

Hizo hasta tres pruebas inútiles. Había centelleos en la pantalla cada vez que hacía la intentona, pero eso era todo. Tras una cuarta prueba, ocurrió algo en la pantalla.

—¡Mirad! —avisó Weld—. Eso es una imagen de la piedra

negra... Hemos logrado conectar con la computadora de análisis, al fin.

Todas ellas se arremolinaron tras él, en torno a la pantalla. Weld pulsó el resorte de aproximación, y los objetivos del ultramicroscopio electrónico funcionaron a toda velocidad, picando hacia la piedra faceteada. El tornasol de encima se volvió rápidamente de un tono dorado ondulante, de colores cambiantes entre el amarillo y el verde lívido.

Cuando el objetivo del poderoso microscopio se acercó más y más, las rugosas superficies de la piedra negra revelaron la presencia de diminutos corpúsculos, formando verdaderas legiones de millones de ellos.

—¡No es un brillo tornasolado! —exclamó Weld, atónito—. ¡Son esos unicelulares, que al distribuirse por millones en su superficie, y ser de colores cambiantes, hacen que todo parezca un tornasol en la propia piedra!

—Nunca vi tantos cuerpos vivos juntos —susurró Lotta, alarmada—. Es como un inmenso hormiguero, teniente.

—Sí. Pero un hormiguero increíblemente pequeño, invisible casi al ojo humano... —la imagen se hizo más nítida aún, cuando el microscopio electrónico de enorme potencia penetró virtualmente entre las rugosidades repletas de microscópicos seres agitados en vida palpitante y frenética.

Aquellas formas tenían la apariencia de placas doradas o verdosas, agitándose en una especie de marabunta extraña. En lugares donde momentos antes había sólo millares de ellas, de repente se veían germinar cientos de millares.

—Dios mío, ¡qué modo de autorreproducirse! —murmuró Zilda.

—Ya infestan toda la piedra por completo —corroboró Iris—. ¿Tal vez el aire respirable nuestro, el oxígeno, puede acelerar su crecimiento?

—Quizá. Están desprendiéndose de la piedra a millares —dijo Weld, preocupado—. Será preciso aislar el laboratorio y tratar de destruir esos embriones o lo que sean. Hay algo en ellos que no me gusta. Es como... como si *supieran* que están siendo vigilados por ojos extraños y eso les irritase. Yo,..

Hubo un centelleó cegador en la pantalla cuando ésta se llenó con la imagen muy próxima de millones de aquellos unicelulares

del espacio. Y de nuevo quedó a oscuras.

Weld, frenético, intentó repetir la experiencia. Fue en vano. No logró contactar, ni siquiera a través de la computadora central. El canal, por lo que se veía, había quedado averiado.

Tecleó con rapidez en el tablero de mandos de la computadora. La pantalla se iluminó con una respuesta a su pregunta, pero ya correspondía a esta propia terminal, no al ordenador del laboratorio:

«Conexiones con el laboratorio interrumpidas totalmente.

»Algo ha interferido las comunicaciones entre computadoras.

«Imposible restablecer conexión.»

Marko se precipitó sobre otro teclado de los mandos. Pulsó con rapidez la tecla rotulada «Laboratorios». Y luego, un botón rojo señalando: «Cierre hermético y aislamiento de zona.»

En la pantalla de la computadora se marcó la maniobra correctamente. Pero asomó un parpadeo de letras rojas, con una alarmante advertencia:

«Laboratorio cerrado, pero no aislado.

»Algo impide aislamiento.

»Forma de vida desconocida ha irrumpido en el resto de la nave.

»Se carece de datos para más información.

»Alarma.»

—¡Alarma! —rugió Weld, excitado—. ¡Y el laboratorio no puede aislarse! ¿Qué diablos está ocurriendo a bordo?

Como respuesta, un grito terrible llegó de alguna parte. Las tres mujeres se agruparon, sobrecogidas, mirándose con aprensión. Aquél había sido un grito de angustia suprema, de terror máximo, de dolor infinito. Un grito de agonía y de muerte, procedente de alguna parte de la supernave.

Marko Weld clavó sus ojos en la puerta oval. El grito procedía de más allá de esa puerta metálica. Y había reconocido, con un estremecimiento, la voz que gritaba.

—¡Morga! —gritó roncamente—. ¡Morga! ¿Qué sucede?

Corrió hacia la puerta oval, empuñando su pistola eléctrica. No llegó a alcanzarla. Antes de ello, la puerta cedió, deslizándose silenciosamente hacia un lado.

Morga apareció en la entrada, mirándoles con infinito horror. Las mujeres gritaron. Weld sintió temblar sus piernas, y una nube

roja borró en parte su visión.

—¡Morga! —jadeó, lívido—. ¡No es posible...!

Morga se tambaleaba ante ellos. Era una visión aterradora, dantesca. La jovial y exótica belleza de la muchacha oriental ya no existía en aquel rostro delirante, donde la agonía y el terror se cuajaban en un gesto crispado, terrible. La sangre corría por sus cabellos oscuros y lisos, por su piel aceitunada, empapando sus senos, sus manos, su cuerpo todo...

Tenía profundos desgarros en cuello y mejillas, una especie de espantoso boquete en sus pechos desnudos, bajo las ropas desgarradas brutalmente por una fuerza diabólica. Al abrir sus labios para gritar o quejarse, vomitó más sangre. Los ojos desorbitados les miraron con supremo horror.

—Mar...ko... —jadeó, entre espumarajos sanguinolentos, mientras se desplomaba ante el cuarteto petrificado por el espanto y la sorpresa—. Marko... ayú...da...me... por el amor... de... Dios...

Se derrumbó a sus pies, con la cara espantosamente contraída, su cuerpo se agitó en espasmos bruscos, y luego quedó inmóvil, bañada .en su propia sangre, la desorbitada mirada fija en el vacío, en la nada, acaso intentando ver por última vez a Marko Weld o a sus compañeras de viaje.

—¡Muerta! —sollozó Iris, apresurándose a ponerse de rodillas y examinarla—. ¡Está muerta! ¡Es horrible!

—Dios... ¿Qué pudo suceder *ahí*? —Marko señaló a la otra cámara, con la pistola que empuñaba, todavía bajo los efectos de la demoledora escena—. Fuese lo que fuese lo que atacó a Morga... *está ahí dentro*. Con los cadáveres de nuestros compañeros...

La puerta se había cerrado automáticamente de nuevo. Pero eso no era obstáculo para Marko. Avanzó decidido, tras una mirada patética a la infortunada muchacha que yacía inerte en medio de la cámara de mando.

—¡No, teniente! —le advirtió Lotta, asustada—, ¡No entre ahí, por favor!

—Debo hacerlo —Weld la miró con serenidad, fríamente, pese a los temblores helados que sentía vibrar por todo su cuerpo—. Soy el comandante a bordo de esta nave, Lotta. Una de nuestras compañeras ha sido asesinada brutalmente por algo o por alguien, si no me equivoco. Tengo que saber de qué se trata... y destruirlo, si

me es posible.

—Le ayudaremos —terció Iris, empuñando su propia arma—. Aquí, todos estamos en la necesidad de defendernos, de luchar contra cualquier enemigo…

La puerta oval volvía a abrirse. Marko negó, mirando a las mujeres.

—No. Ninguna me acompañará —dijo—. Es una orden. Permanezcan aquí. Si algo me sucede, anulen los sistemas de cierre y apertura de esta entrada y quedará bloqueada. Lo que sea, no podrá entrar a atacarlas. Recuerden: se lo he ordenado.

La puerta estaba abierta ya. Weld respiró hondo. Salvó el umbral, y se encontró al otro lado, en la cámara umbría donde él despertara de su largo sueno, donde las otras tres urnas de suspensión animada se habían convertido en ataúdes conteniendo los cuerpos sin vida de sus camaradas.

Apenas hubo avanzado unos pasos, sin advertir nada anormal en el interior de la amplia sala, el sistema automático de la puerta funcionó, comenzando ésta a cerrarse tras de él. Las muchachas le obedecían, aunque pudo verlas agrupadas frente a la puerta, pistola en mano todas ellas, dispuestas a hacer fuego sobre el menor indicio alarmante que captaran.

Lo raro es que no veía nada anormal en la estancia. Sólo el reguero de sangre que la infortunada Morga había dejado al moverse hacia la puerta. Lo siguió, cauto, mirando en torno, mientras los paneles de las computadoras emitían sus constantes guiños y se reflejaban sus luces cambiantes en el vidrio curvo de las cápsulas de hibernación donde reposaban ahora el oficial Dalef, el comandante Grazz y el piloto Skon.

La sangre se detenía justamente ante las urnas de suspensión animada. Algunas gotas de ella salpicaban, incluso, la superficie convexa de las cápsulas. Miró al interior.

Los tres cuerpos yacían como antes, boca arriba y con su espantoso aspecto momificado, de ropa a jirones, largo pelo y uñas desmesuradas, rostros descarnados y vacías cuencas.

De repente, sin saber la razón, Marko Weld pensó que sus camaradas muertos tenían un aspecto aterrador e inquietante. Pero después de todo, llevaban muertos décadas enteras, acaso un siglo o dos. El nunca había temido nada de los muertos.

Escudriñó en torno suyo, lentamente, con aprensión. Estaba seguro de que había algo raro en torno suyo. Algo indefinible que le inquietaba. Era como una corazonada, un instinto sutil. No ¡se veía nada ni a nadie, pero en alguna parte, la siniestra fuerza que atacó a la pobre Morga debía de estar acechándole a él también, esperando acaso un descuido, un momento de distracción, un leve error...

De espaldas a los féretros cristalinos de sus compañeros de vuelo cósmico, siguió mirando con atención cada rincón de la amplia sala circular, cada posible refugio de un ser viviente y diabólico, llegado a la nave sólo Dios sabía cómo...

Y de nuevo, esa rara, horrible sensación de sentirse espiado, de tener muy cerca de sí el peligro, le asaltó. Notó un cosquilleo helado en su nuca. Una desazón rara, inexplicable, que ya en alguna otra ocasión había experimentado. Trató de recordar cuándo. Y lo consiguió.

Sí. Era cuando alguien le miraba a la nuca, a su espalda. Le había sucedido a veces, allá en la Tierra...

¡Su espalda!

De nuevo el escalofrío, la sensación helada en la nuca... Casi se le erizó el cabello. Pensó que, a sus espaldas, sólo estaban los tres féretros de materia cristalina, con sus tres cuerpos sin vida...

Se volvió, con un repentino sobresalto, con una tremenda sospecha.

Un grito prolongado de espanto y de incredulidad escapó de su garganta cuando se enfrentó a aquel horror.

Era un horror que venía del Más Allá, de las heladas fronteras de la misma muerte.

Porque sus tres compañeros, los astronautas muertos... ¡se estaban levantando y salían de sus féretros de cristal, dotados de una nueva y alucinante vida!

Entonces observó que las largas uñas y los dientes de uno de ellos, el oficial Dalef, chorreaban sangre todavía... ¡Sangre de Morga, la muchacha asesinada!

—Vosotros... —jadeó Weld, retrocediendo trémulo, convulso—. No, no es posible... Estáis muertos... ¡muertos todos!

No parecieron oírle ni entenderle. Eran como autómatas, como zombies de viejas leyendas y supersticiones criollas. Sólo que esto

no sucedía en las islas del Caribe, entre pueblos ignorantes y temerosos de lo sobrenatural, sino en pleno siglo XXIV, y a bordo de una supernave, viajando en las estrellas.

Los tres cadáveres vivientes, con sus vacíos ojos clavados extrañamente en él, se movían para rodearle… ¡para atacarle!

Y Weld, helado por el horror y la duda incapaz de hacer nada, ni tan siquiera de por salvar su vida, amenazada por algo que la tumba.

Capítulo V

PANICO EN LA NAVE

YA estaban fuera de sus sepulcros de plástico cristalino. Estaban rodeándole. Como la más increíble, fantástica pesadilla que un ser humano podía imaginar.

Sólo que no era una pesadilla. No era un sueño. Era una realidad escalofriante, demencial. Sus propios camaradas y amigos, ya difuntos, le cercaban. Sus intenciones no parecían precisamente amistosas.

Eran tres enemigos. Tres adversarios mortales, lo presentía. Le bastaba ver aquella extraña rigidez de los cuerpos sin vida, la crispación de sus manos, convertidas en descarnadas garras de uñas corvas y larguísimas, la rigidez de aquellas fibras escasas, cubriendo su calavera bajo el cabello largo, desordenado, que enmarcaba un rostro inexistente, simple hueso y carne tumefacta o reseca, entre las cuencas negras y vacías de unos ojos que ya no existían, y la dentadura de una boca sin labios, como la mueca de la propia Muerte.

Las momias vivientes estaban cerca de él. Tan cerca, que notó la ausencia de respiración en sus inexistentes labios o en sus fosas nasales dilatadas por la putrefacción. Sus manos se movían, ávidas y malignas, hacia él. Un hedor a cuerpos corrompidos le llegó al moverse las ropas desgarradas de los muertos. Como hipnotizado, contemplaba los dedos ensangrentados de uno de ellos, el oficial Dalef, la sangre discurriendo, ya coagulada, por entre sus encías huesudas y sus dientes desnudos…

La convicción de que aquellos cadáveres, al cobrar vida, hubiesen arañado y *mordido* fatalmente a la pobre Morga, le llenaba de terror y de náusea. ¿Qué clase de insólito vampirismo era aquél,

declarado a bordo de la nave Edén?

—¡Apartaos! —rugió, saltando hacia atrás para no ser tocado por aquellos seres de ultratumba—. ¡Soy vuestro camarada y amigo, el teniente Marko Weld! ¿Es que no me reconocéis? ¿Qué clase de monstruosidad es ésta que está ocurriendo? ¿Por qué volvéis de la muerte? ¿Por qué atacáis a vuestros camaradas? ¡Asesinasteis a Morga, estoy seguro! Y ahora... pretendéis hacer lo mismo conmigo...

No hubo respuesta. Ni esperaba que la hubiese. Aquellos cadáveres vivientes no parecían capacitados para hablar. Tal vez ni para pensar. Eran como zombies, como autómatas movidos por una fuerza demoníaca de inexplicable origen.

Siguieron avanzando hacia él, cercándole implacablemente, moviéndose con cierta rigidez que daba un aire pesado y lento a sus desplazamientos. Sin embargo, obraban inteligentemente... Le estaban acorralando en un ángulo de la sala, lejos dé la puerta oval de salida.

Si dejaba que ellos ganaran esa maniobra, estaría bloqueado, aislado. Sin posibilidad alguna de evadirse, de salir de aquel alucinante cepo de muerte...

Marko Weld no vaciló esta vez. Se trataba de su vida, estaba seguro de ello. Se encontraba a punto de caer víctima de los muertos que vivían, lo mismo que Morga.

Alzó su arma eléctrica y apretó el resorte de disparo. Una vivísima llamarada azul brotó del cañón del arma de sofisticada estructura. Envolvió a los tres atacantes en un resplandor deslumbrante.

Los cuerpos de los cadáveres se agitaron, sacudidos por la potencia del alto voltaje proyectado por el arma. Pero no se desplomaron carbonizados, como esperaba Weld, ni tan siquiera cayeron bajo el mazazo formidable que significaba la descarga eléctrica de su arma. Sencillamente, retrocedieron, eso fue todo por el impulso mismo de la onda eléctrica.

Weld aprovechó ese retroceso, intuyendo que si no lo hacía iba a ser luego muy difícil, por no decir imposible, escapar del .siniestro cerco de los cadáveres vivientes.

Se lanzó con celeridad hacia la puerta oval, que comenzó a abrirse mediante el sistema automático. Pero con una lentitud

excesiva. Sobre todo, teniendo en cuenta que, inexorablemente, los tres astronautas muertos dieron media vuelta y, con su proverbial rigidez, se movieron ahora hacia él y hacia la puerta de comunicación con la cabina de mando.

Marko, sudoroso, con expresión crispada, contempló la aproximación de los resucitados mientras la abertura de entrada era aún demasiado angosta para su cuerpo, y las muchachas, aterrorizadas, le contemplaban, arma en ristre, sin saber qué hacer ni conocer exactamente lo que sucedía en la cámara vecina.

—¡Pronto, disparad vuestras armas sobre la puerta, todas al unísono, en cuanto yo haya cruzado el umbral! —avisó Weld, jadeante—. ¡Es preciso alejarles de aquí e impedir que entren!

—¿Quiénes, teniente Weld? —preguntó Lotta, alarmada.

—¡Ellos! —jadeó Marko—. ¡Los hombres muertos! ¡Han resucitado y son los asesinos de Margo!

Ellas se miraron entre sí, despavoridas, mientras Weld, con sus enemigos ya cerca, encontraba suficiente hueco para penetrar en la cámara de mando. Rápido, se volvió, disparando una carga eléctrica sobre la otra cámara. Sus compañeras le imitaron, sin saber a ciencia cierta lo que hacían.

Una formidable confluencia de descargas de alta tensión se produje en la puerta de la cámara, pero la electricidad, aun la de alto voltaje, no pareció hacer efecto alguno ya sobre los temibles adversarios, salvo detenerles por un momento, envueltos en destellos azules y chisporroteos cegadores. Luego, penetraron a través de la red centelleante de potencial eléctrico... y estuvieron a punto de alcanzar su objetivo y penetrar en la cámara donde Marko y las tres aterrorizadas muchachas esperaban acontecimientos. Sólo a punto. Iris gritó con terror, al creer que, en realidad, uno de aquellos espantosos espectros dotados de vida, el del comandante Grazz, iba a lograr salvar el umbral de entrada y penetrar en la cámara.

Pero muy a tiempo, la puerta oval se volvió a cerrar, ajustándose. No del todo, porque un brazo del cadáver quedó apresado en el hueco, y los dedos descarnados, de interminables uñas, se agitaron, frenéticos, intentando desasirse de la trampa. Weld juró entre dientes, volviendo a disparar sobre aquella manó. La descarga eléctrica tuvo la virtud de agitar la mano en espasmos

violentos, pero nada más. Es como si un poder sobrenatural, invulnerable y diabólico, se hubiese apoderado de sus cuerpos sin vida, convirtiéndolos en instrumentos de muerte.

La puerta presionó con mayor energía. La plancha metálica tuvo más poder que el esfuerzo del monstruo. Con un chasquido, la puerta se cerró. Y el antebrazo del cadáver, roto por la mitad, cayó al suelo, mutilado por el filo de la puerta deslizante, ante la angustia de las tres jóvenes.

—Dios mío, teniente, vea eso —gimió Zilda—. El brazo del muerto... Ha sido seccionado por la puerta...

—Ya lo veo —asintió Weld, ceñudo, mirando el fragmento humano y después la hermética puerta de metal—. Todo lo que está ocurriendo es horrible, amigas mías.

—Pero ¿qué sucede exactamente? —quiso saber Lotta.

—Ni yo mismo lo sé. En esa cámara no hay nada anormal salvo los tres cuerpos de nuestros camaradas, que pensábamos arrojar al espacio en la ceremonia fúnebre. No sé por qué espantosa influencia maligna, han cobrado vida y se mueven y atacan como auténticos zombies o vampiros.

—Cielos... —Iris tembló, muy pálida—. ¿Qué pudo provocar algo tan espantoso?

—Lo ignoro. Ni siquiera son ellos mismos. Algo les mueve, alguna fuerza desconocida que se afincó a bordo de nuestra nave. Simplemente, una energía común parece moverles, manipularles siguiendo una voluntad ajena. Por eso atacan a sus propios camaradas, a sus amigos. No conocen a nadie, no entienden nada. Son agresivos, crueles. Creo que se ensañan en sus víctimas, como hemos visto con Morga. O mucho me equivoco, o uno de ellos, el oficial Dalef, la atacó con uñas y dientes, la arañó y mordió hasta causarle la muerte. Sus dedos y dientes chorrean sangre.

—¡Dios, no! —sollozó Iris, patética, cubriéndose el rostro con ambas manos—. ¿Qué pudo producir tal horror? ¿Qué está ocurriendo a bordo, teniente?

—Me gustaría poder responder a esa pregunta, Iris —respondió Weld con franqueza—. Pero sé tanto como vosotras...

Lotta se había precipitado a los controles de video de a bordo, cuando fuera de la cámara comenzó una especie de ruido persistente, de forcejeo repetido al otro lado de la puerta metálica.

Conectó con un determinado canal. Su voz avisó a todos, excitada:

—¡Mirad! Creo que los tengo bien enfocados...

Todos se volvieron. Era cierto. En una de las pantallas de visión en circuito cerrado interior, había aparecido un sector de la cámara vecina, la que albergaba las urnas de hibernación. En su movimiento pausado y continuo del objetivo de TV, todos pudieron ver a los tres cadáveres en movimiento. Ellas ahogaron un común grito de terror ante la dantesca visión de los resucitados, agrupados ante la puerta. Dos de ellos golpeaban insistentemente la puerta metálica... ¡que se abollaba bajo sus golpes!

—Oh, es terrible... —señaló Zilda—. Tienen una fuerza espantosa, demoledora...

—Demasiada fuerza —corroboró Marko, ceñudo—. Si siguen en su tarea, terminarán por destruir el metal, estoy seguro.

—¡Mirad! —avisó Iris—. ¡Ese otro, el del brazo mutilado...!

—Es Skon, el piloto. Bueno, lo fue —rectificó amargamente Weld que, inmediatamente, lanzó una imprecación al advertir lo que Iris había señalado en la pantalla con gesto de infinito pavor—. Oh, cielos, no... Eso no...

Pero estaba sucediendo ante sus ojos El brazo amputado del muerto, aquel muñón incompleto, sin mano, estaba regenerándose... Un nuevo antebrazo, una mano nueva, *estaban creciendo* en lugar de la mutilada.

Como un vegetal roto o un rabo .de lagartija... una nueva extremidad creciendo espontáneamente, suplía a la ya perdida, en cuestión de segundos.

Ellas le miraron horrorizadas. Marko Weld fue hasta el brazo mutilado que yacía en el suelo, inmóvil, tras la amputación. Lo examinó con ojos escudriñadores. Se inclinó, cuando creyó ver algo que brillaba sobre aquellos huesos descarnados y repulsivos...

—Creo que lo entiendo —dijo sombríamente, irguiéndose muy pálido y mirando a las jóvenes—. En ese brazo amputado está la clave.

—La clave... ¿de qué? —musitó Lotta, sin entender, aunque miraba con atención al miembro cortado.

—De todo. Algo *vive* sobre su piel reseca y sus huesos... Algo que transmite vida a ese cuerpo muerto... Es algo tornasolado, de color dorado o verdoso...

—¡Las células espaciales! —gritó Iris.

—Exacto —asintió Weld—. Las células que vimos en la piedra negra llovida del espacio. Esos diminutos seres han invadido la nave. Y eso no es lo peor. Evidentemente no sólo se reproducen a sí mismas con gran rapidez, sino que son capaces de reproducir órganos ajenos por mimetismo, seguramente hasta formar parte de él mismo las propias criaturas unicelulares. Esos cadáveres han resucitado porque han sido invadidos por las células extrañas y ellas los mueven y manejan a su antojo. Quizá parte de esas células son capaces de reconstruir una especie de cerebro humano o algo parecido, que sustituya al que ya no existe. No se me ocurre otra cosa.

—Pero entonces, esas células son agresivas... —apuntó Zilda.

—Mucho me temo que si. Quizá sólo pretenden defenderse a sí mismas impidiendo que frenemos su expansión. Por eso estropearon la computadora de los laboratorios y lograron la desconexión de todos los canales de comunicación con la computadora de análisis. Ahora pretenden entrar aquí para exterminarnos, eso es obvio.

—Pero ya están *aquí*, en ese miembro amputado... jadeó Lotta, señalando el brazo del piloto Skon.

—Cierto. Ya están aquí. Ese brazo contiene millones de unicelulares llegados de algún lugar del espacio —afirmó Weld, pensativo—. Por eso hay que exterminarlo sin contemplaciones.

Sabía que un disparo eléctrico no causaría daño a los unicelulares que, por lo que viese en la cámara vecina, soportaban bien la alta tensión y se adaptaban a ella tras un *shock* inicial. Recurrió a otro procedimiento para terminar con aquel vehículo inquietante, portador de millones de minúsculos seres extraños, capaces de convertir el interior del Edén en un cementerio de astronautas flotando eternamente por el cosmos.

Con celeridad, alcanzó un depósito de combustible sólido para casos de emergencia. Lo proyectó sobre el brazo amputado. Disparó un chorro intenso del mismo. El combustible, al contacto con el aire, se convertía en líquido escarchado primero, y en gas después, capaz de hacer funcionar a cualquier motor con potencia muy superior a cualquier otro combustible convencional. Su poder energético se consideraba más de cincuenta veces el de una gasolina antigua o un gas licuado como el butano o el propano.

La mano se quedó envuelta en la escarcha humeante que, poco a poco, se volatilizaría. Era el primer paso para lo que Weld intentó. Apenas rociado el miembro humano con el poderoso combustible, le hizo un disparo eléctrico de máxima brevedad e intensidad.

Los efectos fueron devastadores. Un pequeño huracán de humo y fuego brotó del miembro escarchado y humeante. Aquel combustible también era cincuenta veces más inflamable que los propios gases convencionales antiguos. Y eso, Weld lo sabía al hacer el experimento destructor.

Los minúsculos órganos vivos que cubrían aquel miembro, poco pudieron hacer ante el alud de fuego desencadenado. La bola ígnea se extinguió. En lugar de brazo, una forma negruzca, retorcida e informe, reposó ante los ojos de los presentes, mientras la puerta metálica seguía recibiendo constantes golpetazos, e iba abombándose ya en algunos puntos, abollada por la extraña energía que movía a los cadáveres de la cámara vecina.

—Entrarán en cualquier momento, si no hacemos algo para impedirlo —señaló Lotta.

Marko Weld asintió, ceñudo, tras el éxito con el miembro incendiado. Contempló la huella negra en el suelo, rodeando los residuos del brazo abrasado.

—Creo que voy a intentar lo mismo con ellos —dijo roncamente —. Es una posible solución, después de todo. Algo lenta, pero efectiva. En cambio, soportan muy bien la alta tensión de las descargas eléctricas.

—¿Y los disparos convencionales? —apuntó Zilda.

—Me temo que no resultarán —sonrió Weld con tristeza—. Si están muertos ya, ¿quién puede matarles de un disparo? La vida la tienen ahora dispersa por doquier, por encima y dentro de ellos. Hay que matar de golpe a *todas* las células inteligentes que les invaden, no a unas pocas. De momento, el fuego parece ser el único medio de lograrlo. Al menos, el fuego con explosión, por lo que hemos visto...

—Aun así, será muy arriesgado salir ahí con una carga de combustible sólido en una mano y una pistola eléctrica en la otra — objetó Iris—. Es posible que la operación de destruir a todas las células resulte trabajoso y lento y ellas nos ganen por rapidez en la acción...

—Aun así, debemos intentarlo. Dejar que esos espectros infortunados se muevan a placer por la nave, sembrando la muerte o, cuando menos, el terror, no nos ofrece un porvenir demasiado halagüeño. Abre la puerta, Lotta. Voy a salir.

—Y yo con usted, teniente —se ofreció Iris, dirigiéndose con su pistola eléctrica, resueltamente, hacia la puerta que recibía los golpes de los zombies especiales.

—¡Esperad! —llamó Zilda—. Vean eso, por favor, en la pantalla... Ocurre algo.

Weld y ellas clavaron sus ojos en la pantalla del circuito cerrado. En la cámara vecina no quedaba ya nadie. Ni rastro de los tres astronautas muertos y resucitados.

—¿Qué diablos...? —jadeó Weld—. ¿Dónde se han metido?

El barrido que la cámara de TV hacía de la sala reveló algo. Por otra puerta, que conducía a uno de los interminables corredores del laberinto de ellos que era la supernave Edén, se perdía en ese momento el último de los tres muertos vivientes. Estaban escapando de allí, como de mutuo acuerdo, por un camino distinto al que se podía prever. No querían atacar la puerta metálica. Sencillamente, huían, se alejaban de ellos.

—¿Qué están haciendo? —murmuró Iris.

—Es obvio, querida —suspiró Lotta—. Huyen de nosotros.

—Pero ¿por qué? —dudó Zilda—. Hace poco pretendían echar abajo esa puerta y casi estaban a punto de lograrlo...

—Me temo que tengo una respuesta para eso —suspiró Weld, sombrío.

—¿Cuál? —Lotta hacía la pregunta, pero todas le miraban, esperando una respuesta.

Marko Weld paseó ceñudo por la cámara. Parecía presa de honda preocupación. Su voz sonó apagada, taciturna:

—Transmisión genética. Esas células no sólo tienen vida. Son inteligentes. Y se comunican entre sí por medios que ignoramos, quizá por simple telepatía entre ellas, por una facultad extrasensorial que les hace saber lo que sucedió a otras de su especie en otro lugar donde ellas no estaban y no podían ver lo ocurrido.

—¿Eso quiere decir que las células que ahora dominan los cadáveres de Dalef, Grazz y Skon... saben ya lo que sucedió a sus

compañeras adheridas al brazo amputado?

—Sí. En términos generales, creo que eso es lo que sucede. Y han huido para no sufrir ese ataque. Ahora podrán dispersarse por la nave y planear algo más complicado. Su mimetismo y su capacidad de generar y reproducir órganos humanos con tanta rapidez, los convierte en unos entes terribles y peligrosos. Sólo Dios sabe de lo que unos microorganismos así son capaces, llegado el momento.

—¿Y qué podemos hacer? —musitó Lotta, exasperada.

—Sólo se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Buscar a esos cadáveres vivientes. Tratar de encontrarlos. Y cuando ello suceda, ¡hay que DESTRUIRLOS uno a uno, sin remisión!

—Destruirles, ¿con fuego, convertirles en simples pavesas como ese brazo?

—Sí, Lotta —afirmó Marko, sombrío—. Sé lo que sentiréis todas al tener que eliminar inexorablemente a gente que fue amiga nuestra, que formaron parte de una camaradería inolvidable, allá en la Tierra. Ahora no son ellos, sino unos cuerpos utilizados por esos parásitos para desarrollar su poderío. Que sus intenciones son dañinas nos lo prueba la muerte horrible de Morga. No podemos fiarnos de ellos ni de sus objetivos. Por la razón que sea, quieren adueñarse de esta nave. Y cada una de esas diminutas células doradas es un cerebro microscópico, trabajando en equipo para vencernos. Un equipo de millones y millones, capaces como visteis de una reproducción masiva y capaces de muchas otras cosas espantables, como son dominar cuerpos muertos, transmitirse información sin contacto físico aparente y reproducir organismos humanos por simple regeneración espontánea. Todo ello es demasiado espantoso, demasiado inquietante para cruzarnos de brazos y esperar a la defensiva. Eso, sin duda, es lo que ellos esperan ahora de nosotros. No vamos a permitirles aguardar hasta el momento de asestar su golpe. Zilda, ocúpate de aplicarle a esa puerta un refuerzo doble de acero y politilomental de máxima dureza. Si es preciso, ciega la puerta con un segundo muro o panel irrompible. Pero evita que utilicen ese camino para llegar a nosotros de alguna forma.

—Entendido. Prepararé ese refuerzo en unos minutos, en el cuarto de material —asintió la negrita—. ¿Algo más, teniente?

—No, Zilda —contempló el cuerpo de Morga, piadosamente cubierto por una tela—. Ocupaos Lotta y tú, Iris, de depositar a la pobre Morga en la cámara de asistencia clínica, a la espera de lo que resolvamos con su cuerpo. Mientras tanto, yo me encargaré de conectar todas las redes de seguridad en torno a esta zona, por los demás accesos, y situaré a Kohl-13 a vigilar esos puntos. Si alguien se aproxima a nosotros por esas zonas, funcionarán los sistemas de máxima seguridad, alzando barreras magnéticas que ellos no puedan atravesar. Confiemos en que todo eso resulte útil en su momento.

—¿Y si no resultara, señor? —quiso saber Lotta, pensativa.

—Si esas malditas células son más poderosas y más inteligentes que nosotros y salvan todos los obstáculos, estaremos perdidos —sentenció Weld amargamente—. Espero que no sea así, y podamos cuando menos...

Se interrumpió.

De súbito, un zumbido agudo había roto la relativa calma de la cabina de mando. Al mismo tiempo, las luces rojas comenzaron un desesperado parpadeo.

En todas las pantallas del circuito cerrado de TV, apareció un rectángulo escarlata luminoso.

—!Alerta roja! —gritó Iris, palideciendo.

Weld no dijo nada. Sus ojos se clavaban en una de las pantallas del computador, donde una información aparecía en letras rojas:

«Alarma roja.

»Formas extrañas de vida en el jardín artificial.

«Peligro máximo.»

Capítulo VI

LA SEGUNDA CARA DEL MIEDO

RÁPIDAMENTE, Marko Weld se precipitó hacia otra pantalla de circuito cerrado de televisión, que conectó. En el monitor apareció, tras pulsar una determinada tecla, el jardín artificial construido bajo los grandes paneles solares.

Un grito de sobresalto y angustia escapó de labios de todos ellos.

El nuevo peligro lo constituía algo ostensible, evidente, que la cámara de TV reveló en la pantalla con toda nitidez.

Las plantas habían crecido desmesuradamente y lo invadían absolutamente todo, con un repentino desarrollo monstruoso. Hojas, ramas y tallos crecían y crecían, al parecer desordenadamente, en un auténtico desorden biológico, como si de repente se hubiesen visto alteradas sus funciones orgánicas vegetales por un factor ajeno y desconocido que, como un fantástico tumor, todo lo cambiara, provocando aquel crecimiento increíble. A ese ritmo, muy pronto no sólo el ámbito reservado a las plantas y a las piletas con algas y plancton se vería invadido y rebasado, sino que la totalidad de la nave podía llegar a convertirse en una jungla siniestra y anormal, producto de aquel inexplicable fenómeno.

—Pero ¿qué está sucediendo? —clamó Zilda, aterrada, con sus ojos grandes y negros muy abiertos, fijos en la fascinante y siniestra imagen vegetal de la pantalla.

—No lo sé. Pero sea ello lo que sea, no es ajena esa maldita invasión de microorganismos unicelulares a ese proceso de súbito crecimiento —manifestó Weld con palabras secas y cortantes, su rostro contraído por una expresión de ansiedad y tensión—. Tal vez del mismo modo que *saben* reproducir miembros humanos mutilados, pueden saber desarrollar nuevos brotes de plantas, hasta

límites inconcebibles. Si dejamos que eso prospere, puede ser el final nuestro y de toda la nave.

—¿Qué puede hacerse para evitarlo? —se lamentó Lotta—. Tenemos a esos tres zombies por la nave, como una amenaza oculta. Y ahora... *eso.*

—Existe otro acceso al jardín hidropónico, sin necesidad de pasar por la cámara de las urnas de suspensión animada —recordó Marko con energía—. Voy a utilizarla.

—Supongo que querrá decir que *vamos* a utilizarla, señor —rectificó Iris, mirándole con fijeza.

—No, no. Me han entendido perfectamente lo que dije. *Voy* a ir yo solo a ese jardín.

—Pero!pero eso es suicida! —protestó Lotta con tono angustiado.

—Puede que lo sea. También lo será quedarse aquí, a la espera de acontecimientos, mientras esas condenadas células se desarrollan en todas partes. Hay que frenar de alguna forma el crecimiento de las plantas.

—¿De qué manera, teniente? —se interesó Iris.

—Aún no lo sé con exactitud —jadeó Weld—. Kohl-13 me acompañará. No creo que un robot pueda ser afectado por esas células.

—Aun así, es un riesgo demasiado grande para una persona sola —objetó Lotta con severidad—. ¿Por qué no puede acompañarle alguna de nosotras, teniente?

—Porque es más prudente hacerlo como yo digo. Deben quedarse las tres aquí encerradas, sin abrir la puerta a nadie, excepto a mí mismo. Y antes de ello, deberán comprobar que no se trata de un engaño por parte de algo o de alguien, ¿está eso claro?

—Pero teniente, nosotras... —trató de discutir Iris.

—Es una orden —cortó él, tajante—. Y en circunstancias tan graves, de máxima emergencia a bordo, las órdenes, no se discuten. ¿De acuerdo, señoritas?

—Sí, señor —admitió Lotta de mala gana—, A la orden...

Weld tomó su rifle eléctrico de gran potencia, tras poner la pistola en su cinturón, y conectó el robot, que reposaba en un ángulo de la cámara de mando.

—Vamos, Kohl-13 —ordenó—. Hay trabajo para los dos.

—Sí, señor —respondió la voz metálica disciplinadamente. Y el robot rodó tras de él, como un perfecto soldado que sigue a su jefe a la batalla decisiva

Utilizaron la salida de emergencia que conducía, a través de una angosta puerta circular, a los conductos del aire acondicionado y, desde allí, pasaron a través de un colector enrejado a un túnel de respiración para el gran jardín hidropónico que se instalara bajo los espejos solares, confiando en que en un futuro salvarían la vida de los astronautas enviados a las estrellas.

Paradójicamente, en estos momentos quizá su vida peligraba a causa de ese propio vergel instalado a bordo para su futura supervivencia.

Cuando llegó Weld ante la masa vegetal que invadía la casi totalidad de aquel amplísimo recinto, en una fase de evolución creciente por completo absurda y desordenada, sintió un escalofrío de horror. El ritmo de desarrollo de las plantas era monstruoso, inconcebible. En pocas horas podían llegar a tener media nave dominada y envuelta en su densa hojarasca y sus crecientes tentáculos de vegetales gigantescos.

—Vamos, Kohl-13, hay que empezar a destruir plantas, por mucho que nos duela —murmuró Weld amargamente—. Espero que estas descargas sirvan…

Apuntó con su rifle eléctrico, pulsando el resorte de descargas calcinadoras. Y presionó el gatillo de disparo continuado.

Un chorro de chispazos centelleantes brotó de su arma, extendiéndose sobre las plantas, que empezaron a ennegrecerse y encogerse, abrasadas, especialmente en sus raíces, atacadas preferentemente por Marko Weld. A su lado, el robot comprendió perfectamente lo que de él se esperaba, y alargó sus brazos. De sus metálicas manos, brotaron delgados chorros de fuego que dirigió a raíces y tallos, destrozándolos en medio de una densa humareda y un acre olor a vegetales calcinados.

Weld se adelantó unos pasos, hasta situarse delante de una serie de plantas de anchas hojas, parecidas a las palmas, y cuyo crecimiento había sido desmesurado, convirtiéndose en plantas mayores que un ser humano.

Cuando estaba proyectando el chorro de electricidad calcinadora sobre las mismas, sucedió algo espantoso.

Varios tallos surgieron, como auténticos tentáculos de un monstruo desconocido, y le envolvieron súbitamente, aprisionándole y atrayéndole hacia el centro mismo de las plantas que estaban destruyendo.

Weld, angustiado, perdió su rifle y comprobó que la planta le dominaba y le atraía inexorablemente hacia el centro de sus anchas hojas. Con infinito pavor, comprobó que éstas se agitaban con vida propia, cubiertas de un raro tornasol dorado, y de repente, la negra hondura de su corola le hizo adivinar el terrorífico destino que le aguardaba.

¡Las plantas se habían vuelto carnívoras e iba a ser *devorado* por ellas!

* * *

Mientras, Kohl-13 seguía su implacable tarea destructora sobre otra masa de vegetales, Weld forcejeó desesperadamente con los tallos que le aprisionaban, y cuya fuerza y resistencia eran incomprensibles, a menos que una vida diferente hubiese hecho presa en ellos, dotándoles de aquella energía pasmosa y siniestra.

—¡Nooo! —gritó roncamente, entre frenéticos movimientos y agitar inútil de brazos, presa de aquel horrible pulpo vegetal que eran ahora las plantas carnívoras desarrolladas hasta un volumen aterrador—. ¡No me dejaré destruir por vuestros malditos amos actuales, esos pequeños monstruos llegados del espacio! ¡No podéis vencer a los humanos, sois sólo microbios sin valor alguno, algo demasiado insignificante para derrotarnos a nosotros!

Pero su forcejeo y sus gritos parecían perfectamente inútiles. El monstruo voraz que era ahora aquel amasijo de plantas controladas por otra forma de vida extraña y desconocida, iba a engullirle sin remedio. Ya se sentía envuelto por las grandes hojas verdes y húmedas, que se plegaban, viscosas, empezando a tragarlo, como las fauces de una ballena.

—¡Kohl! —gritó, desesperado—. ¡Kohl, ayúdame, por Dios!

El robot se volvió sobre sus extremidades rodantes. Sus líneas de luz que formaban su órgano visual destellaron, fijas en la terrible escena. No vaciló el buen ser metálico. Sus manos se alzaron, comenzando a vomitar fuego sobre los tallos y raíces de la planta decoradora. Algunos de esos tallos, como culebras larguísimas, se estiraron y rodearon al robot, en un esfuerzo por apresarlo y

dominarlo. Este se limitó a descargar sus sistemas de protección. Su cuerpo metálico brilló, azul intensa la claridad que emitía el metal, despegándose los tallos totalmente ennegrecidos y abrasados por las descargas que emitía el robot.

El doble chorro de fuego alcanzó algunos de los tallos que apresaban a Weld. Este notó que la presión cedía. Se agitó, revolviéndose en un esfuerzo supremo, y sujetó con ambas manos las grandes hojas que iban a cerrarse sobre él, igual que gigantescos labios vegetales, y saltó fuera, justo cuando uno de los chorros de fuego emitidos por Kohl-13, se dirigió a la corola de la terrible flor, aniquilándola. La enorme planta carnívora se desmoronó, vencida por el fuego que incesantemente proyectaba el ser electrónico.

Marko Weld saltó al suelo, con un resoplido de alivio. Acababa de salvarse de una muerte cierta, devorado por una planta que alguna forma de vida siniestra había logrado convertir en carnívora.

—Vamos, Kohl —jadeó el joven astronauta, comprobando que, pese al enorme destrozo causado por el fuego en la granja espacial, las plantas muertas parecían en proceso de regeneración y continuaban su desmesurado desarrollo—. Si seguimos aquí, terminarás por agotar tus reservas de energía calorífica, y yo mis cargas eléctricas sin resolver nada, y perdiendo la batalla y la vida al mismo tiempo.

—Kohl-13 obedece sus órdenes, señor —le respondió la voz del robot—.La situación es difícil, casi desesperada… Es más prudente replegarse, señor.

Weld estuvo totalmente de acuerdo con la información de los circuitos del ser cibernético. Aquello estaba poniéndose realmente mal. Y lo peor es que no sabía cómo salir del atolladero. Si no evitaban el constante crecimiento de las plantas, toda la nave Edén sería pronto fácil presa de aquella masa vegetal, que terminaría por triturar y demoler la estructura del vehículo espacial, pese a sus enormes dimensiones.

Retrocedieron lentamente, dirigiéndose al mismo conducto que les llevara hasta allí. Apenas salvado el umbral de acceso a la granja espacial, cerraron y aseguraron mediante sistemas electromagnéticos de alta seguridad aquella y otras salidas del vergel, para impedir, o cuando menos retrasar, el progreso de dispersión e invasión vegetal de las demás dependencias de la nave.

—¡Vamos, de prisa, con las chicas! —ordenó Weld, dando media vuelta, tras conectar los circuitos de seguridad, para emprender la carrera hacia la cabina de mando.

Y entonces se paró en seco, nuevamente sacudido por una sensación escalofriante de temor y de angustia.

Delante de él y de Kohl-13, como una terrorífica presencia del Más Allá, se encontraba el cadáver viviente del oficial Dalef, contemplándole con sus vacíos ojos sin pupilas, con su rostro descarnado de momia y alargando hacia él sus manos crispadas, de interminables uñas, ¡uñas que llegaron a su destino dolorosamente!

Uñas que se clavaron en su carne con brutal ferocidad. Las sintió en su rostro, notó brotar la cálida sangre, mientras los desgarros iban hacia sus ojos...

* * *

Esas uñas, inevitablemente, llegaron a su destino. No había podido evitarlo, porque el ataque fue demasiado rápido y sorpresivo. Además, los zombies habíanse hecho mucho más rápidos de movimientos. Sin duda, el acoplamiento ahora unicelulares-humanos muertos, era mucho más perfecto y preciso.

Gritó Weld, con vivísimo dolor, echándose atrás instintivamente al sentir penetrar las salvajes uñas en su carne, desgarrándole mejillas y pómulos. Ese movimiento instintivo de retroceso, le salvó los ojos. Aun así, notó un vivo dolor también en párpados y cejas, cuando las extremidades de las curvadas y larguísimas uñas del cadáver viviente hirieron tan sensibles puntos, en su afán por cegarle.

Pero ese movimiento, también, tuvo algo de negativo para Weld. Trastabilló y cayó, perdiendo el equilibrio. Rodó por el suelo, con una maldición, retirando de sus mejillas las manos ensangrentadas. Contempló aterrado cómo el zombie se precipitaba sobre él, con sus mandíbulas abiertas, los labios sin carne dejando ver los dientes que parecían ávidos de hincarse en su carne...

Una vaga idea estremecedora cruzó su mente. Aquellos muertos-vivientes, aquellos pobres cadáveres humanos poseídos por un puñado de millones de corpúsculos inteligentes llegados de otras galaxias quizá, habían atacado y asesinado a Morga. Habían probado sangre humana, era obvio. ¿Tal vez la *sangre humana* GUSTABA a los unicelulares de otro mundo o, tal vez, excitaba su

capacidad de desarrollo?

Estuvo seguro de que era así. Y ahora, el camarada muerto, convertido en una especie extraña de vampiro cósmico, iba a probar también su propia sangre, ávido de engullirla sin duda, dada la rapidez y energía de sus acciones.

Sabía que era inútil dispararle cargas de alto voltaje. Desesperado, mientras sentía que aquellas garras humanas aferraban sus brazos, y la boca horrenda se acercaba a su carne para morderla salvajemente, gritó con voz desgarrada:

—¡Kohl, Kohl, ayúdame! ¡Estoy perdido…!

El robot respondió una vez más a su llamada, a su petición exasperada de ayuda. Rodó con rapidez hacia el cadáver viviente del oficial Dalef. Alargó sus brazos metálicos. Aferró al muerto-vivo. Este, seguro de su fuerza, forcejeó con el robot, intentando liberarse.

No lo logró. Las pinzas metálicas de Kohl habían hecho presa en sus hombros. Tiró de él con toda la fuerza de que un cuerpo metálico era capaz. Retiró al vampiro de su víctima. Weld, desde el suelo, vio cómo el que en vida fuera Dalef se revolvía contra Kohl-13.

El robot recibió su ataque sin inmutarse. Uñas y dientes resbalaron sobre la bruñida superficie de metal. Sin duda, las células inteligentes que controlaban ahora el cadáver de Dalef, no entendían de cuerpos metálicos dotados de vida. Parecieron asimilar esa información casi de inmediato, porque Dalef dejó de debatirse en vano, y su poderío se concentró en las líneas de luz que formaban el sistema visual de su enemigo. Las uñas penetraron en esas rendijas con rapidez. Kohl se agitó, sin duda dañado en un punto vital. Weld empezó a sentir pánico de aquel poderío inexorable de los muertos-vivos.

—¡Kohl, cuidado! —avisó—. ¡Se ha dado cuenta de que eres un autómata!

Kohl no dijo nada. El cadáver estaba atacando ahora con ambas manos sus electrodos de las sienes, intentando bloquearle algunos circuitos vitales. Si eso sucedía, Kohl quedaría inutilizado en manos del monstruoso agresor.

Por fortuna, Kohl-13 reaccionó a tiempo, aunque algo sucedía en su interior que le hacía actuar con serias dificultades. Alguna zona

de sus circuitos estaba dañada por las uñas que el cadáver introdujera en las rendijas luminosas de su rostro de acero.

Sin duda había probado ya el buen Kohl-13 a lanzar descargas eléctricas que obligaran a su enemigo a des-" prenderse de él. Pero al ver que tales procedimientos no resultaban con aquella clase de adversario, tuvo el buen acierto de utilizar lo único contundente y demoledor de su persona mecánica: los brazos y manos.

Soltó a Dalef, que cayó pesadamente a sus pies. Kohl-13 se inclinó sobre el caído, sin dejarle levantar. ¡Y con sus dos manos de metal, sistemáticamente, comenzó a machacar y a desgarrar su cuerpo y su cráneo, hasta pulverizarlo y dejarlo convertido en piltrafas instantes después!

Cuando aplastó la cabeza del difunto Dalef, Marko Weld no pudo evitar un gesto instintivo de repugnancia. De la bóveda craneana del muerto-vivo no había brotado, ciertamente, masa encefálica alguna. Pero sí una especie de copia gelatinosa, blanda e incolora, translúcida como agua turbia, que al ser machacada por el inexorable robot, dispersó una serie de núcleos de seres unicelulares, a los que también Kohl-13, con muy buen criterio, masacró sin piedad.

Cuando terminó con Dalef, de éste quedaba tan poco que ni siquiera podrían los unicelulares reconstruirlo o regenerar sus miembros destrozados. La escena era horrible. Pero Kohl-13, con su desesperada reacción final, con su inexorable afán destructor, le había salvado una vez más la vida.

—Gracias, amigo Kohl —dijo Weld, casi emocionado pese a hablar con un autómata—. Nunca olvidaré lo que hiciste hoy por mí, aunque seas sólo una máquina programada...

—Lo lamento, señor —respondió la voz metálica del robot, sumamente débil—. Me siento mal, bastante mal. Mis circuitos han sido dañados por ese hombre. Creo que voy a quedarme inutilizado de un momento a otro.

—¡No, Kohl, no! —protestó Weld vivamente—. Te necesito, amigo...

—Señor, no puedo hacer nada. No estoy programado para regenerar ciertos centros vitales de mi cabeza, que ese hombre alcanzó con sus uñas, provocando un cortocircuito...

—No importa, Kohl. Yo te repararé... Yo *curaré* tus daños...

—Eso espero, señor —la voz se apagaba por momentos—. Me siento débil, muy débil…

De repente, la luz de sus ranuras se extinguió. Su voz también. Quedó inmóvil. Uno de los electrodos de sus sienes, emitió un chisporroteo breve. Weld olió a material quemado. Un poco de humo brotó de las ranuras de sus «ojos electrónicos». El daño sufrido por Kohl-13 era, evidentemente, mucho más serio de lo que imaginaba. Destrozar a Dalef y salvarle a él la vida, habían tenido este precio: ya no podía contar, al menos de momento, con Kohl-13.

Miró que a sus espaldas, las puertas aseguradas crujían sordamente, sin duda presionadas por las plantas, en su crecimiento constante. Rogó que, cuando menos, el acero de las puertas y los circuitos de seguridad soportasen un cierto tiempo. No podía ni siquiera remolcar ahora a Kohl-13, porque eso era una tarea lenta y, dadas las circunstancias, muy peligrosa.

Conectó su reloj-videófono, para saber si había novedades en la cabina de mando.

—Aquí, teniente Weld —informó, mientras la imagen se formaba en la pantaliita—. Informen si hay novedad alguna. Regreso a la cabina…

Se detuvo, con un escalofrío. Contempló, aterrado e incrédulo, la pantaliita diminuta de su pulsera.

El rostro de Zilda, lleno de terror, asomó en la misma. Gritó, despavorida:

—¡Socorro, teniente! ¡Aquí, ahora…! ¡Es horrible! ¡Lotta está *muerta* y nosotras también vamos a morir!

La pantalla reveló, al fondo, un cuerpo inerte, ensangrentado, el de la rubia Lotta. Y finalmente, avanzando hacia Zilda, las figuras espantosas de los otros dos zombies.

¡Los cadáveres del comandante Grazz y del piloto Skon, controlados por las células del espacio, estaban *dentro* de la cabina de mando, e iban a aniquilar también a Zilda y a Iris, después de destruir a Lotta!

—¡Resistid, luchad como sea, por el amor de Dios! —clamó—. ¡Yo voy en seguida para allá!

Se lanzó a la carrera, justamente cuando, con un centelleo, dejó de emitir su videófono, quedando la pantalla en blanco, cuando otra voz, la de Iris, iniciaba fuera del campo visual de la cámara, un

grito de terror infinito...

Capítulo VII

SITUACION DESESPERADA

LA puerta de la cabina de mando estaba destrozada, reventada por una fuerza inconcebible. A través de aquel brutal desgarro en el metal más resistente que se podía imaginar, habían penetrado los zombies en la cámara de mando.

Weld, pistola en mano, penetró también por ese hueco, encarándose al horror sin límites que había ante él.

El cuerpo hermoso de Lotta yacía al fondo, sobre un reguero de sangre, lívido su rostro inmóvil, extendida, casi derramada por el suelo su cabellera rubia. Iris y Zilda, acorraladas, veían venir hacia ellas las figuras dantescas de los dos cadáveres vivientes, cuyas garras buscaban hacer presa en los cuerpos femeninos.

Iris había logrado empuñar, un proyector de descargas magnéticas, y eso sin duda había frenado de momento a ambos hombres sin vida propia, al chocar su físico con las radiaciones magnéticas que formaban una especie de barrera invisible de protección para ambas muchachas.

Pero con aquella rápida y diabólica facilidad de adaptación de las células inteligentes a cualquier situación complicada que no entendían, ahora ambos vampiros espaciales habían logrado combatir con éxito ese freno, avanzando sobre sus víctimas de forma inexorable.

—¡Dios mío, teniente! —gritó Zilda, al verle aparecer—. ¡Sálvenos de este horror! ¡Desean asesinarnos a todas para vaciarnos luego de sangre! ¡Uno de estos monstruos mordió a Lotta en los pechos, apenas ella se desplomó sin vida, golpeada por sus manos brutales, y empezó a succionar la sangre de su herida! ¡Nuestras descargas magnéticas le obligaron a dejar esa tarea, pero

ahora ya no les hacen efecto, y sin duda saciarán su sed de sangre cuando todos estemos muertos!

—Lo suponía —asintió Weld, precipitándose sobre los cadáveres vivientes—. ¡Y si se salen con la suya, quizá muchos mundos habitados por humanos, entre ellos la Tierra, reciban un día la visita de estos monstruos del espacio, ávidos de sangre humana! ¡Malditos sean todos ellos!

Y como sabía que toda arma sofisticada y moderna era inútil contra aquella forma de vida de rápida evolución, actuó como lo hiciera el robot Kohl-13 poco antes, en su lucha final contra el invasor.

Aferró un hacha del armario de útiles situado junto a las armas. Se precipitó con ella sobre los dos muertos vivientes, ante el asombro de las dos muchachas.

El hacha se abatió bestialmente sobre la cabeza del que fuera en vida comandante Grazz. La hendió en dos, desparramándose por el suelo, ante un grito de horror de las muchachas, aquella burda copia gelatinosa de un cerebro humano, que los unicelulares habían fabricado dentro de los vacíos cráneos de sus poseídos. Rápido, Weld mutiló brazos, piernas, dedos, cuerpo, cabeza, masacrando despiadada, ferozmente, con vertiginosos golpes de hacha, los restos de aquel ser resucitado. Y muy especialmente, hasta convertirlo en una pulpa informe, el falso cerebro hecho de corpúsculos invasores. Estos se extendieron, dejando de formar núcleos, y el hacha se encargó de irlos persiguiendo y disolviendo a golpes.

Durante ese ataque feroz y enloquecido de Marko Weld a sus mortíferos enemigos casi invisibles, el otro cadáver, el del piloto Skon, pareció darse cuenta de que algo no funcionaba bien, y se precipitó fuera de la cabina, perseguido por Zilda y por Iris, que habían tomado también objetos contundentes, a la vista del éxito del ataque organizado por su superior jerárquico.

—¡Escapa, escapa! —gritó Zilda, con entusiasmo, convertida también por causa de tan alucinantes circunstancias en una especie de fiera salvaje, capaz de todo para sobrevivir—. ¡Vamos, Iris, acabemos con ese monstruo de una vez por todas!

—No, esperad —avisó Weld vivamente, volviéndose hacia ellas sudoroso, jadeante, apoyado en el hacha demoledora que había triturado virtualmente el cuerpo del comandante Grazz—. No

cometáis locuras. Perseguir a ese zombie sería un error, porque allá fuera hay otro mortal enemigo tratando de abrirse paso hasta nosotros: las plantas del jardín artificial, que han crecido y siguen creciendo sin parar, y que se han convertido, además, en carnívoras.

—Dios mío... —Zilda y su pelirroja compañera se miraron, aterradas—. Plantas carnívoras...

—Y gigantescas, además. Esa maldita cizaña llegada del espacio lo está alterando todo a bordo. Será mejor permanecer aquí juntos, reparar los daños en esa puerta y establecer nuevos sistemas de seguridad y control, aislándonos del resto de la nave, que quizá muy pronto sea dominado por esas odiosas criaturas.

—Pero después, ¿qué haremos, teniente, cuando estemos rodeados? —preguntó con amargura Iris.

—No lo sé, la verdad —suspiró Weld con tono sombrío, acercándose a Lotta, que era como una hermosa figura de cera, inmóvil y ensangrentada. Observó que su seno derecho había sufrido un brutal mordisco de los labios de uno de los cadáveres vivientes, y había brotado mucha sangre de la herida—. ¿Cómo sucedió?

—Pobre Lotta... —sollozó Zilda—. Se enfrentó a ellos dos valientemente. Uno la derribó de un violento golpe de sus dos manos en la cabeza. Debió causarle un traumatismo súbito. Se quedó inmóvil, sin respiración. Yo traté de reanimarla, mientras Iris contenía a esos dos espectros con cargas magnéticas que pronto resultaron inútiles... Fue inútil pretender nada. Lotta está muerta No había aliento ni palpitaciones en su cuerpo. Entonces, uno de esos monstruos se inclinó sobre ella, mordió su seno y le sorbió la sangre. Fue espantoso, teniente.

—Lo imagino —él afirmó con la cabeza—. Sospechaba que ocurría algo así. Esos seres unicelulares han probado sangre humana y, o bien les ha gustado, o desarrolla su poder. Sea como fuere, desean toda nuestra sangre, eso es evidente.

—Dios mío, señor, su rostro... —gimió Iris—. Le han destrozado... Hay que curarle.

—Eso puede esperar. También fui atacado. Kohl-13 me salvó de las plantas y del oficial Dalef, a quien destruyó antes de quedarse inutilizado él mismo.

—¿Inutilizado Kohl-13? —se quejó Zilda—, Es lo que nos

faltaba...

—Sé que la situación es grave, casi desesperada —asintió Weld con dureza—. Pero no podemos dejarnos dominar por el pánico ahora. Sabemos que nos ataca un enemigo implacable, quizá carente de sentimientos, una forma de vida desconocida que llegó en esa maldita piedra del espacio, acaso procedente de un meteoro errante o de una remota explosión cósmica. Sea como fuere, tenemos aquí dentro a ese enemigo, y no sólo es capaz de reproducirse a sí mismo con vertiginosa rapidez, sino también de dotar de vida a organismos muertos, acoplarse con formas de vida animal o vegetal, y así expandirse por todas partes sin remedio. Nuestros recursos frente a esa clase de adversario son tan escasos que resultan nulos. Pero aun así, es preciso luchar, ver de hallar el medio de vencerles, de expulsarles de esta nave, antes de que sea demasiado tarde, y todos hayamos perecido a manos de esas repulsivas criaturas.

—¿Qué podemos hacer ahora? —se lamentó Iris—. Tenemos ya dos cadáveres: Morga y Lotta... Y una puerta destruida, unos sistemas de seguridad inutilizados o inservibles contra ellos...

—Ante todo, reparemos esos puntos. Vamos a intentar cualquier cosa antes que darnos por vencidos, recordadlo bien. Taparemos ese destrozo con, planchas de metal, y aplicaremos otra red de energía magnética para intentar frenarles. También podemos electrificar los accesos. Todo eso lo resolverán tarde o temprano, pero les llevará más tiempo llegar aquí dentro. Y estaremos dispuestos, esperándoles aquí.

—Y pensar que este viaje se planeó para el amor entre hombres y mujeres en un largo periplo cósmico...

—dijo con amargura Zilda—, Á bordo tenemos ahora de todo, menos amor y felicidad, teniente

—Desgraciadamente, así es —admitió Weld, ceñudo—. Vamos, no se hable más. A trabajar en el acto. Derramad también combustible concentrado en los accesos, y montad dispositivos explosivos con detonadores controlados a distancia. Si ocurre lo peor empezaremos los fuegos artificiales desde aquí. Y que sea lo que Dios quiera.

—Usar explosivos puede ser peligroso para la seguridad y el rumbo de la nave —objetó Iris.

—También es peligroso dejar que ellos entren aquí de nuevo —sonrió Weld ferozmente—. Si hay que perecer, lo haremos matando, eso es todo. En caso extremo, aún disponemos del arma definitiva para ello.

—¿Cuál, señor? —se interesó Zilda.

—Autodestrucción.

—Cielos... —se estremecieron las dos, mirándose entre sí, aterradas—. Eso significaría...

—Eso significaría presionar ese botón rojo —señaló Weld uno situado dentro de una urna hermética de la cámara de mando—. Una vez apretado, ya nada ni nadie puede impedir que ocurra lo peor. Esta nave se haría millones de fragmentos al provocarse la reacción nuclear en cadena de su sistema autodestructor. Sólo cinco minutos después de presionar el botón, se producirá el holocausto de la nave Edén.

—Sin salvación posible para nadie —susurró Iris, muy pálida.

—Exacto. Sin salvación posible para nadie —afirmó Weld, disponiéndose a trabajar en la reparación de los medios de defensa y protección de aquella cámara, sin añadir una palabra más.

* * *

Había sido un bello aunque breve interludio una pausa hermosa para la negra y seductora Zilda. Para Marko Weld era cumplir una obligación previa. No podía negar su amor a una de las mujeres con quienes compartía el viaje espacial, aunque esas mujeres eran ya solamente dos, y no cuatro como al iniciarse la fabulosa travesía de las estrellas.

Después, el turno fue para Iris. Ambas deseaban ser amadas y amar, al menos por última vez en su existencia. Weld aceptó sus deseos, turnándose con ambas en el acto sexual, como parte de las obligaciones de a bordo.

Llevaban unas pocas horas de calma relativa. Las puertas estaban firmemente protegidas ahora por nuevas plantas de metal de doble grosor, montadas por los tres astronautas supervivientes, y una triple red de energía eléctrica de alto voltaje, radiaciones magnéticas y combustible con explosivos dependientes de un radiodetonador, formaban las defensas póstumas de aquel reducido grupo de héroes del espacio enfrentados a un peligro tan terrorífico como desconocido y extraño.

Y aquella pausa tensa, dentro del constante riesgo de aquella pesadilla que les tocaba vivir en el Edén, había sido el tiempo que tuvieron Zilda y la pelirroja Iris para ser, por unos minutos, la pareja amorosa del teniente Marko Weld, el único hombre a bordo.

Fueron unos instantes de felicidad para todos ellos. No buscaban realmente amor, porque ya ni para enamorarse uno de otro quedaba tiempo. En realidad, todos ellos parecían buscar una frenética evasión basada en el goce sexual, en los simples placeres de la carne, para los que, con fría y deshumanizada lógica, habían sido virtualmente programados por los biólogos de la Tierra, antes de enviarles al espacio sideral, más allá de todo lo conocido.

—Me hubiera gustado hacer el amor contigo en otras circunstancias, Marko —musitó Zilda, cuando su cuerpo moreno, turgente y sensual, reposó junto al de él, en la intimidad del lecho, satisfecha por la entrega de ambos momentos antes.

—Y a mí, Zilda. Pero no hemos tenido suerte.

—¿Crees que me amas, Marko? —preguntó la negrita, con sus erectos pechos apuntando hacia el techo, agitados por una respiración apasionada.

—No sé —confesó él, tras un silencio—. En estos momentos es difícil decir nada parecido. Tal vez hubiera llegado a amarte. O tal vez no. No puedo estar seguro…

—Comprendo —había dicho Zilda, dando media vuelta y situándose encima de él, ayudándole a una nueva penetración ardorosa—. De todos modos, soy tuya… Te deseo, Marko. Es todo lo que sé… ¡Poséeme, amor!

Eso había sido todo con ella. Con Iris, la cosa no fue muy distinta. La carne rosada de la pelirroja muchacha era la única diferencia con la epidermis ardiente de la negra sensual. Ambos habían gozado. Pero después, seguían las dudas en ambos.

—Creo que te amo, Marko —confesó Iris lentamente, terminado el goce amoroso—. Pero sé que no puedo esperar correspondencia por tu parte…

—¿Por qué no? —Weld se encogió de hombros—. Sólo quedamos tres. Una de vosotras dos podría llegar a ser la elegida de mi corazón. Sólo que aún no puedo afirmar nada porque nada sé.

—Me conformo con muy poco, Marko —había dicho ella, mirándole profundamente—. Muy poco… Deseo sobrevivir a este

horror y gozar contigo de vez en cuando, aunque Zilda sea tu preferida. Sólo eso…

—Vivir es lo mínimo que todos podemos desear. Pero es demasiado en estos momentos, Iris —sentenció Weld con preocupación—. Depende de tantas cosas…

Ahí había terminado todo. La pausa, el intervalo dulce y cálido, los momentos de relajamiento y de paz.

Zilda gritó. Fue su grito un espantoso alarido de dolor, de agonía, de muerte. Venía de cerca, de muy cerca…

—¡La sala de mando! —gritó roncamente Weld, saltando del lecho desnudo y apartando de sí a la asustada Iris—. ¡Algo sucede allí!

Aferró un arma y atravesó la puerta de comunicación. Se enfrentó con la horrible escena. Ya era tarde. Demasiado tarde para salvar la vida de Zilda.

La hermosa negrita golpeaba el muro, desgarrados sus bronceados pechos, su rostro y su vientre. La sangre escapaba a borbotones de todas sus tremendas heridas, y un monstruo de apariencia humana alzaba sus zarpas goteantes de sangre, lo mismo que sus dientes de descarnada calavera, como en un dantesco festín.

—¡Zilda, no! —clamó Weld, aterrado, mientras el espectro viviente del piloto Skon, único cadáver todavía en píe, giraba y se volvía hacia él, olvidándose de la joven negra, cuyo cuerpo rodó por el suelo, entre espasmos agónicos. Nadie con aquellas tremendas heridas podía sobrevivir, y Weld lo sabía.

Se enfrentó al último ser controlado por las células invasoras. Simultáneamente, sus ojos se clavaron en una de las puertas, por la que los verdes y gruesos tentáculos vegetales de unos tallos voraces, penetraban en busca de presa que aferrar…

Las defensas estaban rotas. El zombie y las plantas monstruosas habían logrado entrar en el último reducto a bordo. Oyó sollozar a Iris detrás de él.

Weld se precipitó a la carrera a por un hacha. Al mismo tiempo, pulsó el botón de su radio-control a distancia. Una sucesión de explosiones violentas conmovió la nave, haciéndola oscilar. Los tallos se agitaron, como heridos por un enemigo invisible, y el humo penetró a oleadas por la puerta reventada por los invasores.

Las cargas explosivas y el combustible concentrado estaban

actuando sobre la invasión de los vegetales. Muchos de los tallos dotados de vida activa se desmoronaron, reventados o separados de sus raíces. Pero Weld sabía que eso era sólo un triunfo momentáneo, un modo de prolongar la agonía. Las células se multiplicarían nuevamente por millones y harían crecer más y más a las plantas, invadiéndolo todo.

Marko Weld alcanzó una de las poderosas hachas. Se revolvió contra la «cosa» que era ahora en realidad su antiguo camarada, el piloto Skon. Lo mismo que el comandante Grazz o el oficial Dalef, ahora no era más que un cuerpo sin vida dominado por la inteligente plaga de unicelulares del espacio.

Descargó su primer hachazo sobre la cabeza de Skon. Aunque éste procuró eludir el impacto con rara habilidad, recibió de lleno el filo del arma contundente en plena sien. Parte de su cráneo saltó limpiamente segado, y por la tremenda brecha escapó un reguero de gelatina incolora, turbia, formada por millones de células inteligentes llegadas del exterior. Weld descargó sobre esa falsa masa encefálica el hacha, pulverizando la estructura en varios fragmentos que volaron por los aires, como trozos de un animal viscoso y repugnante. Al mismo tiempo, decapitó a Skon y le segó ambos brazos a mandoble limpio.

Iris gritaba en pleno paroxismo histérico ante la horrible escena, pero Weld no se detuvo por eso. Sabía que, por el momento, la única forma de combatir a aquella fuerza desconocida y atroz, era machacarla, triturarla, pulverizarla sin posibilidad de reconstruir y regenerar los cuerpos mutilados.

Esta vez, sin embargo, le esperaba una nueva y terrible sorpresa. Súbitamente, algo parecido a una carcajada ronca, que brotaba de todas partes y de ninguna a la vez, conmovió a todo su ser. Se quedó quieto, rígido, jadeante, con el hacha en sus manos, mirando en torno, en busca del origen de aquel extraño sonido hilarante.

Con un escalofrío de supremo horror, descubrió la nueva realidad que hablaba bien a las claras de la facilidad y rapidez con que la masa de seres minúsculos, despiadados e inteligentes, podía reaccionar y adaptarse a cualquier situación adversa, superándola sin demora.

Cada pequeño fragmento del cadáver machacado a hachazos, comenzó a agigantarse, a regenerarse por sí mismo, aumentando de

tamaño de forma ostensible, dotado de vida propia. Cada fragmento de la gelatina dispersa por su hacha, empezó a moldearse en forma de una materia reptante, viscosa y blanca como una babosa, que de modo paulatino adquiría una forma concreta: ¡*la del embrión de un ser humano*!

—Oh, no, no… —alucinado, retrocedió, tirando de Iris, la única muchacha superviviente, con los ojos desorbitados por el horror, fijos en aquella nueva y espantosa metamorfosis del enemigo demoníaco que tenía a bordo—. Es demasiado…, demasiado horrible… No hay solución contra eso…Y por si ello fuera poco, ante la mirada delirante de los dos jóvenes supervivientes de la tragedia cósmica… ¡los cuerpos sin vida de Zilda, Morga y Lotta, salían paulatinamente de su inmovilidad, se empezaban *a levantar*, dotados de una nueva vida, inexpresivas y con una terrible inexpresividad en sus rostros!

—¡Mira, Marko! —chilló Iris, en el límite de su pánico—. ¡*Ellas*… también RESUCITAN para atacarnos!

Weld juró entre dientes, descompuesto, lívido, sintiendo cómo un frío más allá de lo humano invadía su cuerpo, helándole las emociones, los sentidos, todo en absoluto ante aquel paroxismo alucinante de terror.

—Dios mío… —casi sollozó—. Debí imaginarlo… ¡Debí imaginarlo antes! ¡Ellas están muertas… y las células se apoderaron de sus cuerpos también! ¡Tenemos nuevos enemigos a bordo y así hasta el infinito, Iris!

Zilda y Morga le miraban con ojos vidriosos, empezando a moverse como bajo los efectos de una rara hipnosis. Lotta, sin embargo, fue la que más rápidamente avanzó hacia ellos, tambaleándose ligeramente, con una mueca extraña en su rostro, medio velado por los rubios cabellos que caían sobre el mismo. Alargó sus manos hacia ellos dos, en un inquietante ademán de posesión, y de sus labios yertos brotó un inarticulado sonido ronco, que fue ahogado en parte por aquellas extrañas risas que brotaban de todas partes…

Porque las risas, Weld ahora lo comprendía, con el cabello erizado por el miedo y la incredulidad, brotaban de cada uno de los fragmentos del cadáver de Skon, convertido en forma de vida independiente…

Manos, pies, trozos de hueso o de carne a jirones, seca y momificada, emitían una especie de siniestro, lúgubre cloqueo que era como la sardónica imitación de una risa, como si el mismo diablo personificado en unos trozos de piel y hueso, estuviera burlándose de ellos dos, de su inútil lucha final, abocada al desastre inevitable...

—Marko... —sollozó Iris, temblorosa—. ¿Qué... qué podemos... hacer ya? Este es el final...

Weld asintió, sombrío, encajando ruidosamente sus mandíbulas. Miró a aquella mescolanza indescriptible y atroz que formaban los tallos de plantas, reavivando su acoso desde la otra puerta, los fragmentos humanos moviéndose como objetos de pesadilla por el suelo, hacia ellos... Las formas viscosas que, paulatinamente, imitaban formas humanas, creciendo y creciendo, en embriones vertiginosos... y los tres hermosos cadáveres de Zilda, Morga y Lotta, avanzando hacia ellos en un aquelarre de muerte y de horror.

—El final... —jadeó—. Sí, Iris. El final de los dos... y de todo lo que nos rodea... Esta nave será de ellos muy pronto. Y sólo Dios sabe hasta dónde podrán llegar, qué clase de falsos seres humanos, inteligentes y crueles, crearán durante el camino, para engañar y destruir a los demás... Creo que sólo hay una salida y que Dios me perdone.

Y con súbita energía, saltó sobre algunos de los miembros vivientes de Skon y se precipitó contra la pequeña vitrina que contenía el botón rojo. De un violento puñetazo, destrozó la cobertura vitrificada. Luego, su índice pulsó el botón.

Se encendieron todas las luces de «alerta roja». Zumbaron los sistemas de alarma estridentemente, a lo largo y ancho de toda la supernave. Un panel se cubrió con una pantalla roja, donde se leía, con parpadeos constantes:

AUTODESTRUCCION-CUENTA ATRÁS

Y debajo, los digitales rojos, marcando el tiempo que faltaba para que toda la nave Edén, con todo cuanto contenía, saltara hecha añicos al producirse la fisión nuclear en cadena de sus sistemas de autodestrucción total:

5,00... 4,59... 4,58... 4,57... 4,56...

En menos de cinco minutos, el Edén iba a autodestruirse. Nada ni nadie podía evitarlo ya.

Capítulo VIII

APOCALIPSIS

—MARKO… ¡es la destrucción total! —gimió Iris, despavorida, mirándole con una mezcla de miedo y de incomprensión—. ¿Por qué eso?

—No hay otra salida. Lo siento, Iris. Para terminar con ellos, hay que acabar con el Edén, con el Proyecto Génesis y con todo lo demás, incluidos nosotros mismos. Aunque perdamos la vida en este holocausto, también esa maldita masa invasora que nos ha destruido será aniquilada a su vez sin remedio. Ya sabes que nadie, ningún ser viviente, puede ya detener la cuenta atrás que culminará con la destrucción definitiva.

Retrocedían mientras él hablaba, acosados por toda aquella serie de horrores vivientes que eran dueños absolutos del Edén, o poco menos. Weld sujetaba una mano de Iris con la suya propia, tirando de ella enérgicamente. Temblorosa, demudada, la muchacha le seguía, incapaz de reaccionar de otro modo.

—Si hubiese una sola posibilidad de salvarse, Marko…

—La hay. Pero no puede ser utilizada cuando se conecta el sistema de autodestrucción, porque todos los circuitos de a bordo quedan bloqueados. Esa posibilidad eran las pequeñas naves de salvamento. Ya no pueden salir de este lugar.

—Marko, debiste intentarlo antes de pulsar ese botón…

—Era imposible. Si nos salvábamos nosotros, era posible que se salvase alguna de las formas de vida que dominan esta nave, Y si sucedía eso, a pocas células vivas que escapasen, sería suficiente para propagarse por el universo de nuevo, dada su enorme facilidad en reproducirse y adaptarse a cualquier medio.

—De modo que hemos de morir sin remedio —jadeó Iris, cuando

estuvieron fuera de la cabina de mando, corriendo por uno de los tubos de renovación de aire, en busca de una imposible evasión.

Los digitales, iluminados de rojo por doquier, iban marcándoles implacablemente la cuenta atrás fatídica, desde diversos puntos de la nave:

4,02... 4,01... 4,00... 3,59... 3,58... 3,57...

Poco más de tres minutos, y todo se haría pedazos. El tiempo se agotaba velozmente.

—Sin embargo —comenzó Weld, sin dejar de correr, llevando tras de sí a Iris, llena de terror.

—Sin embargo, ¿qué? —susurró ella, angustiada.

—Todavía guardo una remota esperanza —jadeó el joven astronauta—. Depende de muchas cosas...

—¿De qué, Marko, por el amor de Dios? —sollozó la muchacha.

—Cuando se proyectó este viaje y se tuvo en cuenta la posibilidad suprema de la autodestrucción, se pensó en otra posibilidad remota de supervivencia de, al menos, DOS seres humanos, hombre y mujer, para conseguir la supervivencia de la especie al mismo tiempo, estuviéramos donde estuviéramos.

—¿Qué posibilidad es ésa?

—El micro-rocket.

—El, ¿qué?

—El micro-rocket. Es un procedimiento de emergencia, que puede funcionar o no. Depende de que el bloqueo de los sistemas de a bordo, al pulsar la autodestrucción, no hayan afectado su circuito, puesto que es preciso, antes de pulsar ese botón, establecer otro circuito de emergencia para la base del micro-rocket.

—¿Dónde está situado?

—Ahora llegaremos a él —Weld se detuvo ante una de las verjas del sistema de renovación de aire, y la manipuló, para desprenderla, en tanto las rojas cifras de la cuenta atrás proseguían, implacables, su desfile de dígitos vertiginosos:

3,22... 3,21... 3,20... 3,19... 3,18...

Salieron a otra galería del dédalo inmenso de sistemas de refrigeración, calefacción o acondicionamiento de aire de la gran nave estelar. Weld continuó su carrera, hasta detenerse ante una puerta circular, metálica, de color rojo, sobre la cual, un nuevo reloj digital acusó, inexorablemente, la marcha del tiempo:

3,04... 3,03... 3,02... 3,01... 3,00... 2,59...

—Menos de tres minutos, Marko —le recordó ella, exasperada.

—Lo sé, lo sé —asintió él, tenso, parado ante la puerta roja—. Es una cámara de máxima seguridad. Dentro hay un pequeño cohete que sólo tiene capacidad para dos o tres personas. Basta subir a ella y presionar una palanca, para salir disparados, justo a tiempo de salvarse del desastre. Pero depende de que esa puerta se abra.

—No veo cerradura alguna...

—No las tiene. Ese reloj desconecta todo, excepto la puerta roja, si se ha previsto anteriormente su funcionamiento de máxima emergencia.

—Pero tú no lo has previsto.

—Es cierto. Ni puedo hacer ya nada por rectificar lo que hice. Como ves, no hay medio de abrirla. Ni sistemas electrónicos ni magnéticos. Nada de nada. La puerta seguirá cerrada hasta el fin, a menos que...

—A menos, *¿qué*? —casi clamó ella—. ¡Habla, Marko, por el amor de Dios!

—A menos que el propio circuito de autodestrucción funcione de modo que esa puerta se abra, justamente UN MINUTO ANTES del estallido final.

—Un minuto... ¿Por qué habría de hacerlo en ese momento, si está bloqueado su sistema de apertura?

—Porque hasta el último momento, los expertos dudaban entre un procedimiento que asegurase el acceso desesperado de alguien a ese cohete salvador, si todo salía mal, o el sistema inicial de bloquear la totalidad de los circuitos a bordo, sin remedio, para impedir que nadie saliera con vida de la nave destruida. Subí a esta nave sin llegar a saber qué decisión tomaron. Tampoco tuve ocasión de preguntarle a la computadora central. De modo que estamos a ciegas. Sólo nos queda esperar aquí... a que esa puerta se abra o no.

—¡Esperar hasta el último minuto! —gimió Iris, despavorida.

—Sí, Iris. Lo siento. No hay otro remedio. Hasta el último minuto.

—¿Y si en el segundo sesenta no se abre...?

—Significará que, sin remedio, nos hemos quedado aquí para terminar nuestra vida con todo el horror maldito que invade esta nave, Iris —sentenció roncamente Marko Weld con fatalismo

resignado.

—Dios mío —sollozó ella, desesperada, inclinando la cabeza.

Las cifras volaban sobre la puerta roja, hermética, que significaba su última, su única posibilidad...

2,05... 2,04... 2,03... 2,02... 2,01... 2,00... 1,59...

Menos de un minuto de espera para el posible milagro o para el desastre. Y casi dos minutos para la hecatombe final, el Apocalipsis del Edén.

Weld giró la cabeza, en tensión. Llegaban ruidos, roces, sonidos inquietantes por los conductos de los respiraderos. No era difícil imaginar el resto: los invasores, las amenazas constituidas por miembros vivos, embriones humanos y cadáveres vivientes, eran una sombra funesta sobre ellos. Tal vez antes de aquellos cincuenta y tantos segundos de desesperada crispación, tendrían allí al enemigo mortal.

—Calma, Iris —pidió Marko, sereno, sonriendo a la joven—. Ten fe. Es posible que los técnicos resolvieran al final montar un circuito ajeno al sistema central que ahora está bloqueado.

—O es posible que no, Marko.

—Bien. Esperemos. No hay otra solución, Iris. Esperar... y rezar.

—¡Rezar! —musitó ella—. ¿Servirá de algo?

Weld no dijo nada. Eso dependía de cada uno. No sabía lo que estaría haciendo Iris, pero él estaba rezando, elevando una plegaria al Señor en aquel momento decisivo para sus vidas. De aquellos seres diabólicos alojados a bordo, ya nada tema que temer. Reventarían con la nave Edén, dispersándose por el cosmos convertidos en átomos pulverizados e inofensivos, tras la formidable explosión termonuclear que se produciría a bordo en escasos segundos.

Nuevos roces y golpes leves sonaron en el respiradero cercano, por el que salieran ellos ante la puerta roja. Alarmados, ambos giraron la cabeza. Iris gritó, asustada, señalando hacia allá, con mano temblorosa.

—¡Marko, mira! —chilló—. ¡Ya llegan!... ¡Es ella, Lotta...! ¡Dios mío, sálvame, huyamos de aquí como sea...!

Era Lotta, ciertamente. La primera en aparecer. Con su largo cabello rubio, largo y sedoso, flotando en torno a su lívido rostro, a sus labios exangües... La sangre empapaba sus ropas, manchaba sus

senos desnudos, grandes y pletóricos. Caminaba hacia ellos, lenta, patética, alargando sus brazos como implorando algo, aunque Weld temía que fuese para aferrarías a ellos, como los demás zombies.

—Marko... Marko, por piedad...

A Marko se le erizaron los cabellos. ¡No, no era posible! Primero, habían sido las risas demoníacas de los miembros humanos regenerados por los unicelulares y ahora *esto*. ¡El cadáver de Lotta *hablaba* con voz humana, como si estuviese viva! ¿Era posible que los invasores fuesen capaces de tan rápida adaptación a las formas de vida ajenas, como para imitar tan perfectamente a un ser humano?

—¡No la hagas caso, Marko! —sollozó Iris, aterrorizada, colgándose de él—. ¡No escuches esa voz diabólica! ¡Ella no es Lotta, es sólo su cadáver...! ¡Uno más de esos monstruos que ellos crearon...!

—Lo sé, lo sé... —Marko miró de reojo al reloj digital rojo, donde las cifras ya empezaban a rozar el punto límite de sus esperanzas—. Vamos, Iris... Esperemos que esa puerta se abra... o todo habrá terminado para nosotros.

Lotta se aproximaba hacia ellos, implacable, con sus ojos verdes fijos, vidriosos, su expresión extraña en el pálido rostro...

1,10... 1,09... 1,08... 1,07...

—Marko... —insistió la voz de Lotta, que parecía llegar, efectivamente, de ultratumba, mientras sus manos ensangrentadas se agitaban patéticamente en el aire—. Marko... trata de entenderlo... No estoy muerta. Soy yo... yo misma... Sufrí un colapso al ser atacada por esos monstruos y debí parecer *muerta*. Me ha ocurrido a veces. Son leves crisis catalépticas... Las sufrí en ocasiones...

—¡No la creas, Marko! —chilló Iris, desesperadamente.

—Marko, te lo juro... No tienes que temer nada de mí... Vine en tu busca... Ellos me siguen... Pronto se dieron cuenta de que no soy una de ellos...

El reloj emitió un zumbido persistente. Iris, Marko Weld y la propia Lotta —o su espectro—, clavaron los ojos ahora en los dígitos rojos, que alcanzaban su punto decisivo. Iban a entrar en el último minuto. El zumbido persistiría ya durante los restantes segundos, hasta la explosión final.

1,03... 1,02... 1,00... ¡Y NADA!

La puerta roja no se abrió al cumplirse el minuto justo. Luego, saltaron los dígitos:

0,59... 0,58...

Un chasquido. Y con dos segundos de demora... ¡La puerta se abrió!

La roja plancha metálica circular se deslizó silenciosa, rápidamente, hundiéndose en el panel de acero,

Dentro, a la vista de todos, apareció un pequeño cohete espacial, sobre una plataforma. Rugían sus motores, sin duda accionados automáticamente al producirse la conexión.

—¡Funcionó! —gritó Marko Weld, exultante de gozo— ¡Funcionó! ¡Estamos salvados! ¡Pronto, arriba! ¡Sólo disponemos de cincuenta y cinco segundos para despegar de la nave y alejarnos lo suficiente de ella antes de la gran explosión!

—¡Sí, vamos, pronto! —gritó Iris, tirando ahora de él frenéticamente, en dirección a la pequeña nave biplaza que aguardaba allí, ante ellos, como suprema esperanza, mientras por los conductos del aire se oían llegar ya los demás cuerpos enemigos, las plantas reptando por los cilíndricos corredores—. ¡Apenas queda tiempo, Marko...!

Weld miró a Lotta. Vaciló, mientras seguía a Iris. La rubia belleza le contempló con amargura.

—Lo siento, Marko —susurró—. No me importa morir aquí, en el holocausto final de la nave, junto a esos monstruos. Pero tú... tú creo que te llevas contigo la semilla del horror... ¿No ves nada raro en Iris? ¿No has notado *sus ojos*? ¿Su piel?... No son perfectos imitando cuerpos humanos, es evidente...

Weld miró con repentino sobresalto a Iris, su compañera de evasión. De repente, lo notó.

El azul limpio de los ojos de Iris... ¡era ahora un extraño color dorado con tornasolados variables! Y su piel misma, tenía un color también dorado, a la luz del interior del recinto donde esperaba el rugiente cohete salvador, sobre la plataforma de despegue...

—Oh, no, no... —jadeó Weld roncamente, soltando la mano de Iris como si quemara ésta de repente—. ¡No puedo creerlo! Iris, tú... tú eres... UNO DE ELLOS...

Iris le miró con extraña expresión. Hubo algo maligno en sus

ojos, un destello helado y deshumanizado que aterró a Marko Weld. Notó que la mano de ella trataba de aferrarle de nuevo, convertida en zarpa codiciosa. La rechazó.

—¡No! —rugió—. Iris, no... Tú no...

La carcajada hueca y glacial que escapó de labios de ella tenía poco de humana. Rápida, se coló ella en el recinto donde reposaba la nave biplaza, corriendo hacia ésta con la intención evidente de montar y partir de allí sin esperar a nadie.

—¡He vencido yo, humanos! —gritó triunfalmente—. ¡Nosotros nos esparciremos por el universo, queráis o no, a bordo de esa nave, mientras vosotros reventáis con esta nave, víctimas de vuestra propia arma! Fui más lista que tú, Marko Weld...

—Dios mío... —Marko contempló la rápida, trágica sucesión de cifras rojas en el reloj mortífero de la cuenta atrás hacia el Apocalipsis.

0,30... 0,29... 0,28... 0,27...

¡Sólo veintisiete segundos para la explosión definitiva! Y solamente Iris, la falsa Iris reproducida o dominada por las células espaciales, estaba ya junto al cohete salvador, dispuesta a subir a él, mientras la puerta roja, implacablemente, se iba cerrando, para permitir la fuga del vehículo biplaza.

Weld y Lotta se miraron un momento. Ella respiró hondo, muy pálida. Instintivamente, se precipitó hacia él, le rodeó con sus brazos, mirando con terror hacia atrás, a las horrendas criaturas que asomaban por la salida del conducto de renovación de aire: los cadáveres de Zilda y de Morga, los miembros humanos., extraños cuerpos cristalinos, parecidos a maniquíes humanos de vidrio blando, todos ellos en movimiento hacia la pareja, con una escolta siniestra de tallos vivientes, de flores monstruosamente desarrolladas, voraces y crueles...

—Es el fin, Marko —sollozó Lotta, aferrada a él—. Sólo doy gracias a Dios por morir abrazada a ti. Me enamoré de tu persona desde el principio, Marko, y, paradójicamente, fui la única en no llegar a ser tuya jamás...

Le besó, Weld notó un beso cálido, intenso, emotivo y tierno. Los labios carnosos de Lotta se posaron en los suyos. Era el beso final. El del sacrificio definitivo.

Entonces, ese beso fue para él como la espuela que le forzaba a

lo más desesperado, al esfuerzo supremo. Lanzó un grito ronco, aferró a Lotta y tiró de ella. La puerta roja estaba a punto de cerrarse. Quedaba una angosta abertura ya...

Penetró por ella como una exhalación, arrastrando consigo a Lotta, que casi llegó a quedar apresada por la poderosa, hermética plancha de acero. Salvó de milagro su pierna y su brazo, gracias al esfuerzo titánico de Marko Weld, en aquel empeño supremo.

Iris, ya con su cuerpo medio introducido en el cohete, se volvió hacia ellos, sorprendida. Ya no había esperado, sin duda, que ellos intentaran cosa alguna en tan escasos segundos y con todo en su contra.

—¡Fuera! —aulló Iris—¡No os permitiré subir!

Marko Weld no dudó. Sabía que los segundos que quedaban eran escasísimos, tal vez solamente diez o doce. Muy pocos para malgastarlos.

Saltó a la plataforma con Lotta. Introdujo a ésta en la segunda plaza, la posterior, del cohete a punto de ser disparado. Iris alargó hacia él unas manos engarfiadas, furiosas. Supo que ella tendría en esos momentos una fuerza demoníaca, sobrehumana, por la sencilla razón de que ya no era humana.

Evitó todo contacto con ella. Luego, sin la más mínima vacilación, extrajo su arma más vulgar y menos sofisticada, de una funda de su ancho cinturón: un simple cuchillo que se solía utilizar más para reparaciones y para cortar cables que para otra tarea más compleja.

Se lo clavó brutalmente a Iris en plena garganta. Luego, mientras ella aullaba, con ojos desorbitados, y Lotta cerraba sus ojos, aterrada, trazó un rápido corte que segó limpiamente la garganta de Iris.

No brotó ni una gota de sangre. Sólo una especie de densa gelatina dorada, con tornasolado vivo, que empapó sus ropas. Weld extrajo el arma y la volvió a clavar, goteante de aquella repulsiva gelatina incolora, de leves matices dorados, en una sien de la falsa mujer. Por esa herida también brotó un espeso reguero de materia amorfa y repulsiva. Iris vaciló, como un robot al que rompen sus circuitos. Weld, rápido, la arrojó fuera de la pequeña nave, antes de que una sola gota de la sustancia maligna que invadía su cuerpo pudiese caer dentro del cohete. El cuerpo femenino, falsamente

femenino y falsamente humano, rodó como un monigote, fuera de la plataforma, hasta caer en el pavimento de la hermética cámara. Pistaba mucho de estar muerta, porque sus células anteriores estaban llenas de vida. Sólo que el circuito establecido entre ellas, se había roto transitoriamente, por medio de una agresión que desconocían.

—¡Atención! —sonó la metálica voz de un computador—. Faltan exactamente diez segundos para la autodestrucción total… Nueve… Ocho… Siete…

Era la cuenta atrás final. Weld se situó ante los ¡mandos del cohete. Pulsó un botón rojo.

Rugió la poderosa turbina reactora de la pequeña nave. Se abrió una bóveda en el techo de la supernave Edén. El cohete salió disparado, proyectado hacia la negra noche estelar y las lejanas galaxias, mientras la voz proseguía, monocorde:

—…Seis…, cinco…, cuatro…

El cohete biplaza alcanzó la supervelocidad lumínica. Como una centella, se perdió en el negro, infinito vacío del universo.

—…Tres…, dos…

Desde el inicio de la llamada «Cuenta atrás para la Autodestrucción», la nave Edén permanecía quieta, anclada en el inmenso océano sin límites del Cosmos. De ella se alejó a velocidad fabulosa la diminuta nave con dos supervivientes a bordo.

—…Uno… CERO…

El universo apenas si se conmovió, pese a la espantosa explosión que convirtió a la supernave terrestre en una simple bola de fuego primero, y luego en millones de átomos destruidos para siempre, convertidos en la nada absoluta…

Una nueva y terrible forma de vida había desaparecido en el gran silencio eterno del universo. Lejos, muy lejos, una diminuta nave de posibilidades limitadas, conducía al astronauta Marko Weld y a su compañera Lotta, rumbo a algún mundo cercano donde establecerse y fundar la primera colonia terrestre en otras galaxias.

Ambos se miraron un momento, durante el vuelo superlumínico. Se sonrieron. Se comprendieron sin palabras.

Después de todo, el Proyecto Génesis no había fracasado del todo. Un hombre y una mujer lo concluirían en otro remoto planeta, en algún Sistema Solar desconocido, y una nueva especie humana,

que jamás volvería a la Tierra, crecería allí en el futuro.

No. No todo se había perdido. Ni para la Tierra, ni para los proyectos ambiciosos del Hombre, ni para Marko Weld y su enamorada Lotta, la rubia belleza que sobrevivió al espanto de una nave perdida para siempre en la inmensidad del Cosmos.

Después de todo, era suficiente. Al menos para ellos dos.

FIN

3 COLECCIONES APASIONANTES



DIFERENTE

Todo lo que busca
en otras colecciones,
sin encontrarlo

Precio 100 ptas.



SEXY FLASH
SEXY STAR

Dos modernas
selecciones de relatos
erótico-sentimentales,
escritos por los más
expertos autores
del género

Precio en España 40 ptas.

PIDA EJEMPLARES A

PRECIO EN
ESPAÑA
35 PTAS.

EDICIONES CERES, S. A.
Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Impreso en España